EL PENSAMIENTO ANARQUISTA

Antología

Prólogo de Jaime Luis Brito

Clásicos de la resistencia civil

La colección *Clásicos de la resistencia civil* expone el pensamiento de grandes personajes del mundo en pro de la no-violencia, la autogestión social y el respeto de los derechos humanos y ciudadanos, prologados por especialistas reconocidos en cada autor.

EJEMPLAR GRATUITO

Clásicos de la resistencia civil

El pensamiento anarquista

ANTOLOGÍA

El pensamiento anarquista

Prólogo de Jaime Luis Brito

Universidad Autónoma del
Estado de Morelos

El pensamiento anarquista : antología / prólogo de Jaime Luis Brito. - - México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2015.
128 p. - - (Colección Clásicos de la resistencia civil ; 9)

Antología del pensamiento anarquista de: Piotr Alekséyevich Kropotkin, Ricardo Flores Magón, Práxedis Guerrero, Rudolf Rocker, Errico Malatesta, Emma Goldman.

ISBN 978-607-8332-45-8 Colección
ISBN 978-607-8434-18-3

1. Anarquismo 2. Filosofía política 3. Anarquistas

LCC HX833 DC 335.83

EL PENSAMIENTO ANARQUISTA
Antología

De la colección
Clásicos de la resistencia civil

Colección dirigida por Francisco Rebolledo
Dirección de Difusión Cultural
Secretaría de Extensión de la UAEM

Cuidado editorial: Roberto Abad
Diseño: Araceli Vázquez Mancilla

ISBN: 978-607-8332-45-8 Colección *Clásicos de la resistencia civil*
ISBN: 978-607-8434-18-3

Contenido

Prólogo

Anarquismo y resistencia

En medio del caos reinante producido por un sistema económico que genera desigualdades que producen pobreza generalizada y mucha riqueza concentrada en unas cuantas manos, surgen ideas discordantes que crean nuevos paradigmas. Frente a los sistemas predominantes opresivos, los grupos organizados oponen nuevos (algunos no tanto) sistemas de pensamiento que buscan crear condiciones de libertad y equidad.

Estos sistemas de pensamiento se basan en conceptos que pretenden organizar la realidad. Uno de ellos, quizá de los más cuestionados, malinterpretados, descalificados y odiados, es el que conocemos como anarquismo. Casi dos siglos después de su surgimiento, el anarquismo continúa siendo amado con fanatismo por algunos grupos juveniles que se extienden por todo el mundo; u odiado con frenesí por aquéllos que aman el "orden", es decir, el *status quo*.

No es casual que en la cobertura de las manifestaciones y protestas, la imagen favorita de los medios de comunicación –particularmente los electrónicos concesionados por el Estado–, sea la del "anarquista loco" que busca a como dé lugar subvertir el "orden" que "nos da la paz, la libertad" (definida ésta como lo hacen los sajones) y acabar con todo resquicio del Estado.

Y esto último es cierto, el anarquismo parte del hecho de que los individuos pueden hacer uso de su libertad a través de formas de organización igualitarias. Hay dos grandes corrientes: la del individualismo y la socialista. Sin embargo, ambas niegan la necesidad de autoridad, liderazgo y gobierno, inherente al ser humano. No obstante, esta necesidad de autoridad está tan arraigada en la mente del ciudadano promedio, que resulta impensable una sociedad "sin gobierno".

Por otra parte, en general, la mayoría de las personas se quejan de leyes, reglamentos, regulaciones, impuestos y abusos de poder, y sin embargo, se piensa que no hay más remedio que aguantar en silencio, dado que la alternativa de "falta de poder, autoridad y todo mundo haciendo su propia voluntad", sería inaceptable, sería la anarquía.

Las alternativas de sociedades posibles sin Estado son ilimitadas. De entrada, cualquier sociedad anarquista ahorraría al ciudadano las distorsiones que produce el Estado, porque al final el Estado funciona, porque responde a las necesidades de la clase que lo creó: la burguesa. No es que el Estado esté mal cuando reprime a los ciudadanos en el más amplio sentido de la palabra. En realidad, con ello sólo cumple con su objetivo histórico, que es proteger los intereses de quienes lo conformaron.

El anarquismo parte del hecho de que existe una sociedad libre y de libre cooperación. Hay varios tipos de anarquismo, aunque todos parten de que el Estado debe ser sustituido por una sociedad sin clases y sin la violencia restrictiva, la represión. No es una circunstancia que refiera solamente a una utopia; ha habido un largo recorrido histórico. La anarquía no surgió de teóricos encerrados en sus torres de marfil, sino directamente de la lucha por la supervivencia de la población oprimida.

La idea central del anarquismo es que la sociedad tome en sus manos su organización y acción de vida, sin la necesidad de que alguien o algo la gobierne. Sin embargo, se habla de que en una sociedad como ésa reinaría el caos. Pero actualmente reina el caos: millones de personas están desempleadas mientras que otras viven para trabajar por la excesiva carga de un empleo que implica sólo la repetición y la rutina. Millones mueren de hambre mientras se tira comida al mar para mantener los precios. El aire está contaminado a causa del humo de los vehículos, que se multiplican como parte del *status*.

Aquellas partes del Estado que se supone son benéficas, son en realidad engranes que nos hacen más dependientes de él. Por ejemplo, el caso de la seguridad social, que no resuelve los problemas de salud de la población, sino que sólo la hace más dependiente del Estado; al mismo tiempo, le ha quitado la posibilidad de crear su propia iniciativa de sistemas autogestionados de seguridad social.

Mientras la autoridad sólo puede imponer cosas, el anarquismo plantea que sólo aquellas personas que viven en una determinada zona, tienen derecho a decidir sobre su organización y sobre los asuntos que conciernen a dicha zona. Sin clases dirigentes o gobernantes, y sin la necesidad de un aparato para mantener el control y la esclavitud, no habría necesidad de un Estado.

Sin el Estado las sociedades tendrían que encontrar una forma de organización libre, de acuerdo con los propios fines de esa sociedad. No podría haber una sociedad más caótica que la actual, dado que busca el saqueo, la represión y el control de sus integrantes. Por ello el anarquismo constituiría la edificación de una sociedad mucho más tranquila y equilibrada.

Los gobernantes dicen proteger a la sociedad y, sin embargo, sólo se protegen a sí mismos, y a sus propiedades, de la sociedad. Si los bienes de la comunidad se socializan, sería absurdo robar. Al asumir la propiedad colectiva, la comunidad decidiría la forma de organización de la seguridad. Estas comunidades necesitarían organizar algún medio con qué tratar a aquellos individuos que perjudicaran a los demás. En lugar de varios miles de policías profesionales, todos se protegerían mutuamente.

Otro ejemplo de lo retorcida que es la actual sociedad son las cárceles. El sistema penitenciario que produce el Estado ha fracasado a la hora de mejorar o reformar a las personas que son llevadas a prisión. El actual sistema penitenciario es una universidad del crimen. Aquéllos que ingresan por un delito menor, salen convertidos en delincuentes profesionales que vivieron procesos importantes de deshumanización.

Los presos que cumplen con una condena larga a menudo se convierten en seres incapaces de sobrevivir fuera de una institución que tome todas las decisiones por ellos. La mayoría de los presos reincide. Frente a esto, el anarquismo, como las comunidades indígenas, propone que sea la propia gente la que decida sobre las formas de reparación del delito y de castigo en aquéllos que violenten las normas y la realidad de la sociedad.

El anarquismo constituye una forma de organización distinta. No significa necesariamente el caos. Consiste en un pacto voluntario entre individuos y grupos que, de manera soberana, coinciden en que cualquier tipo de coerción, como el monopolio de la violencia legítima, es inaceptable.

El anarquismo puede entenderse como una forma de vida individual en la que el sujeto es soberano de sí mismo y el único capacitado para tomar las decisiones que le conciernen. En ese marco, las relaciones sociales deben desarrollarse como pactos voluntarios entre hombres y mujeres libres, que no son dependientes de terceros en el control de sus vidas. Con ello, las personas tienen el derecho de autogobernarse y la responsabilidad sobre sí mismo y los otros.

El anarquismo rechaza el principio de autoridad al que se opone la autonomía o soberanía individual y el libre pacto. Cualquier autoridad, sea impuesta o voluntariamente aceptada, es rechazada por los anarquistas. Por norma general, pretenden sustituir las relaciones autoritarias por relaciones de consenso; es la asamblea, en el espectro ácrata, el método organizativo más común para la toma de decisiones.

El anarquismo entiende que el Estado, como cualquier otra institución con poder, engendra violencia, dado que siempre será una minoría quien ostente el poder y por lo tanto coarte la libertad de las mayorías para mantener sus privilegios. Por lo tanto, cuando este *corpus* de conocimiento teórico se pone en práctica, inevitablemente hay una confrontación entre quienes piensan que los individuos deben gobernarse a sí mismos, y aquéllos que consideran que deben existir instituciones que los gobiernen.

Esta confrontación deriva en una lucha, para la cual existen al menos dos caminos: aquél que establece que la confrontación debe ser violenta; y el que alude a la resistencia pacífica e incluso noviolenta. Ejemplos del primero son aquéllos que asesinaron a los líderes rusos (1881); en la República Francesa (1894); en Italia (1900), y en los Estados Unidos (1901).

Algunas de las tendencias y actitudes anarquistas identificadas como noviolentas son el cristianismo libertario y el anarcopacifismo; movimientos que tienen una fuerte convicción de que el uso de la violencia supone repetir patrones de poder y autoridad, lo cual los lleva a rechazar cualquier acto de violencia y abogan por otros métodos de lucha, tales como la desobediencia civil y el antimilitarismo. Sin embargo, hay corrientes como el anarcosindicalismo en las que ambas posturas han convivido.

En la Guerra civil española y en la Revolución makhnovista en Ucrania, el anarquismo también utilizó la violencia.

Senderos del anarquismo

En América Latina el anarquismo tiene una amplia historia, rica en luchas pacíficas y violentas, en manifestaciones individuales o colectivas; en propaganda oral, escrita y práctica; en obras literarias, en experimentos teatrales, pedagógicos, cooperativos, comunitarios, entre otros.

El presente documento es una recopilación de algunos textos de anarquistas clásicos y mexicanos, que constituyen un *corpus* teórico y empírico del pensamiento anarquista que impulsó luchas en Europa y México. En medio de la crisis civilizatoria que enfrenta el planeta, el anarquismo constituye una alternativa al Estado, así como un aliciente a la resistencia frente a toda autoridad surgida, no de la libertad de los pueblos e individuos, sino de la imposición y la construcción de la superestructura que domina y coarta.

Los rasgos centrales de su *corpus* de ideas, son el rechazo a la autoridad, otorgar absoluta prioridad al juicio individual, por encima de los mecanismos de coerción que crea la superestructura, entendida como el entramado construido para imponer comportamientos, ideas, necesidades...

El anarquismo, como corriente socialista o colectivista, nace casi al mismo tiempo con dos grandes autores: Proudhon y Bakunin, aunque puede considerarse al segundo continuador de la obra del primero, siguiendo un proceso de radicalización en muchos aspectos. En espera de la visión de otros autores, Guerin establece la continuidad de las ideas con Kropotkin, con quien surge el comunismo libertario y la sociedad anarquista alcanza aspiraciones científicas; Malatesta y su activismo incansable, y que incluso atribuye a Volin, con la experiencia de la Revolución rusa, una de las obras más notables del anarquismo.

Algunos autores consideran que el anarquismo es una tendencia de pensamiento y movimiento, es decir, una expresión de lucha con programas de acción. Es una tendencia a la libertad individual y colectiva, liberación de coerciones violentas del Es-

tado y el patrón. Es al mismo tiempo una actitud, una postura y un programa de lucha. Es, dicen algunos autores, una tendencia innata a la búsqueda de la libertad.

En el terreno de lo religioso es una rebelión contra las tradiciones dogmáticas y los prejuicios; construir, más que la fe en lo etéreo, una confianza en la voluntad humana y un mundo más justo aquí en la Tierra, y no necesariamente en el *cielo*. En el campo de lo político, los individuos y los grupos organizan su propia vida al margen del Estado, eliminando su injerencia y combatiendo sus pretensiones. En el ámbito económico, el fin es que los trabajadores se emancipen de toda explotación, del trabajo asalariado que los obliga a someterse o a pasar necesidad. Esta lucha en pos de la libertad se da de múltiples formas en todos los ámbitos de la actividad humana; aunque es incondicional en sus convicciones libertarias, no está sometida a fines ni intereses determinados.

Para el militante anarquista italiano, escritor y educador, Luigi Fabbri, el anarquismo no subordina su actividad revolucionaria a ninguna condición ni dogma; resulta incansable en su tarea diaria de propulsar y educar, sin renunciar nunca a los pequeños detalles. No hay sometimiento ni espera de tiempos adecuados para la transformación social, pues se conoce que sólo la acción posibilita la evolución y la llegada de tiempos mejores. Por supuesto, existe una adecuación entre medios y fines. Pero sólo mediante la libertad puede educarse a los hombres.

Sin embargo, esto no se reduce únicamente a la lucha personal, sino que apunta también a comprender que sólo acabando con el privilegio político y económico a nivel social es posible caminar hacia una sociedad libertaria.

El movimiento libertario convivirá por largo tiempo con todo tipo de fuerzas autoritarias, y su fuerza reside precisamente en su coherencia transformadora entre medios y fines. La vieja concepción anarquista no dista mucho de la solución actual: utilizar la propaganda, el movimiento y la acción para estimular el desenvolvimiento de las tendencias humanas a la libertad y la igualdad. El objetivo es combatir todas las corrientes, fuerzas e instituciones autoritarias, con el fin de establecer una sociedad en la que toda coerción violenta y toda explotación se hayan desterrado. Fabbri describe la palabra "anarquía" como

una organización social basada en el consentimiento voluntario, el apoyo mutuo y la cooperación libre.

El anarquista es, en primer lugar, un individuo que se ha rebelado, dice Agustin Hamon. Un hombre y una mujer que se han emancipado de todo lo que se considera sagrado. Es una persona que no busca verdades irrefutables, que se eleva por encima de todo tradicionalismo y es capaz de derribar a todos los ídolos. El primero de ellos, el Estado.

Bakunin califica al Estado como "una abstracción que devora a la vida popular", mientras Malatesta afirma de su administrador, el gobierno, que "con sus métodos de acción, lejos de crear energía, dilapida, paraliza y destruye enormes fuerzas". Al final, los totalitarismos del siglo XX sólo confirmaron lo que los anarquistas del siglo anterior ya apuntaban: nacieron del aumento de las atribuciones del Estado y de su burocracia.

El Estado burgués es una creación de la democracia, la cual, si bien terminó con los privilegios de la monarquía (aunque no en todos los casos), lo hizo a favor de una clase, la burguesa, y no a favor de los individuos (llamados ciudadanos) y los pueblos. Ya lo afirmaba Proudhon, la democracia mediante el voto es la delegación de la soberanía en el Estado, que luego construyó una clase de "profesionales" –los políticos– quienes expropian al individuo y a los pueblos la capacidad de decisión sobre sus propias vidas. El voto, pues, representaría la renuncia al poder propio para dárselo a un individuo o, peor aún, a una superestructura que gobierne a todos.

El Estado perdería su razón de ser si los pueblos ejercieran plenamente su soberanía, puesto que quedaría diluido en la sociedad. No habría entonces gobierno ni gobernados. La democracia burguesa, la llamada "representativa", en realidad es un mecanismo que encubre el poder económico y político, lo protege, lo garantiza a unos cuantos, a quienes conocemos como la clase gobernante, es decir, un grupo de iluminados que se dedican de manera "profesional" a gobernar, a tomar decisiones sobre los otros. Para ello, utilizan el voto como mecanismo para legalizar la expropiación del poder de los otros.

Lo interesante es que el pensamiento anarquista actual, trata de conciliar las posturas individualistas con las socialistas. El

anarquismo se opone también al egoísmo burgués, pero rescata la concepción de que cada individuo es "único". Es decir, no pone al individuo contra la sociedad, más bien concibe, con Max Stirner, la necesaria relación social en aras del propio interés individual. Según este autor alemán, la fuente de energía es el individuo. Así, la asociación humana sólo resulta provechosa si no destruye al individuo y fomenta su energía creadora, por lo que resulta también útil para la colectividad.

Hoy mismo, la psicología social demuestra que el individualismo como hecho aislado es una abstracción. Somos gregarios. Al final, toda la obra anarquista busca encontrar el equilibrio entre el individuo y la sociedad. En esa lógica, tanto Proudhon como Bakunin consideran que ninguna revolución puede ser organizada y provocada desde arriba, desde el *status quo*. Pero al final el anarquismo no es una religión, más bien es una especie de optimismo basado en consideraciones antropológicas, sociológicas, e incluso psicológicas, que permite comprender los prejuicios que parecen verdades incuestionables, como aquél en el que se cree que es necesario siempre un líder, un gobernante, un jefe, un iluminado.

El prejuicio de la necesidad de un gobierno, del famoso principio de autoridad, tan arraigado y aceptado hoy en día, genera que una mayoría sustente un régimen autoritario y de injusticia social, y que al final se convierta en un obstáculo para el desarrollo de la llamada energía popular. Por eso es fundamental la pluralidad y el derecho a la disidencia. Una minoría, consciente y preparada, puede servir de ejemplo para el resto de la sociedad, pero dejando claro la adecuación de los medios afines al anarquismo; es decir, sin que se conviertan éstos, los integrantes de la minoría activa, en la vanguardia que dirige la acción anarquista.

En un mundo en el que parece haber "consenso" respecto a la necesidad de los liderazgos, en donde la historia parece haber sido superada, dado que "ha terminado" la lucha de clases; un mundo en el que parece que lo único que queda es confiar en que el Mercado realice la "justa" distribución de los recursos y donde la "libre competencia, el libre comercio" son los mecanismos para la justicia, el anarquismo se convierte en una postura de pensamiento que cuestiona y quiebra cualquier argumento que valide la realidad actual.

No sólo es una postura para cuestionar, sino es también una manera de impulsar la resistencia, la construcción de formas de lucha que busquen revertir el *status quo* con la acción directa. Hoy afirma que los seres humanos deben renunciar a su poder individual y social –relación dialéctica– a favor de una clase dirigente o gobernante, que decide sobre las vidas de todos, sobre el planeta, sobre el futuro. Parece utópico, pero por eso es necesario recordar las palabras de Eduardo Galeano: "La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar".

Jaime Luis Brito

El pensamiento anarquista

Piotr Alekséyevich Kropotkin

El bienestar para todos[1]

I

El bienestar para todos no es un sueño. Es posible, realizable, después de lo que han hecho nuestros antepasados para hacer fecunda nuestra fuerza de trabajo.

Sabemos que los productores, que apenas forman el tercio de los habitantes en los países civilizados, producen ya lo suficiente para que exista cierto bienestar en el hogar de cada familia. Sabemos, además, que si todos cuantos derrochan hoy los frutos del trabajo ajeno se viesen obligados a ocupar sus ocios en trabajos útiles, nuestra riqueza crecería en proporción múltiple del número de brazos productores. Y en fin, sabemos que, en contra de la teoría del pontífice de la ciencia burguesa (Malthus), el hombre acrecienta su fuerza productiva con mucha más rapidez de lo que él mismo se multiplica. Cuanto mayor número de hombres hay en un territorio, tanto más rápido es el progreso de sus fuerzas productoras.

Hoy, a medida que se desarrolla la capacidad de producir, aumenta en una proporción sorprendente el número de vagos e intermediarios. Al revés de lo que se decía en otros tiempos entre socialistas, de que el capital llegaría a reconcentrarse muy pronto en tan pequeño número de manos, que sólo sería menester expropiar a algunos millonarios para entrar en posesión de las riquezas comunes, cada vez es más considerable el número de los que viven a costa del trabajo ajeno.

En Francia no hay diez productores directos por cada treinta habitantes. Toda la riqueza agrícola del país es obra de menos de siete millones de hombres, y en las dos grandes industrias de las minas y de los tejidos se cuentan menos de dos millones

[1] Se publican los capítulos II. "El bienestar para todos", y III. "El comunismo anarquista", del libro *La conquista del pan*, publicado en París, en 1892.

quinientos mil obreros. ¿Cuál es la cifra de los explotadores del trabajo? En Inglaterra (sin Escocia e Irlanda), un millón treinta mil obreros, hombres, mujeres y niños, fabrican todos los tejidos; un poco más de medio millón explotan las minas, menos de medio millón labran la tierra, y los estadísticos tienen que exagerar las cifras para obtener un máximum de ocho millones de productores para veintiséis millones de habitantes. En realidad, son de seis a siete millones de trabajadores quienes crean las riquezas enviadas a las cuatro partes del mundo. ¿Y cuántos son los rentistas o los intermediarios que añaden a sus rentas las que se adjudican haciendo pagar al consumidor de cinco a veinte veces más de lo que han pagado al productor? Los que detentan el capital reducen constantemente la producción, impidiendo producir. No hablemos de esos toneles de ostras arrojados al mar para impedir que la ostra llegue a ser un alimento de la plebe y deje de ser una golosina propia de la gente acomodada; no hablemos de los mil y mil objetos de lujo tratados de igual manera que las ostras. Recordemos tan sólo cómo se limita la producción de las cosas necesarias a todo el mundo. Ejércitos de mineros no desean más que extraer todos los días carbón y enviarlo a quienes tiritan de frío. Pero con frecuencia la tercera parte o dos tercios de esos ejércitos se ven impedidos a trabajar más de tres días por semana, para que se mantengan altos los precios. Millares de tejedores no pueden manejar los telares, al tiempo que sus mujeres y sus hijos no tienen sino harapos para cubrirse, y las tres cuartas partes de los europeos no cuentan con vestido que merezca tal nombre.

Centenares de altos hornos, miles de manufacturas permanecen regularmente inactivos; otros no trabajan más que la mitad del tiempo, y en cada nación civilizada hay siempre una población de unos dos millones de individuos que piden trabajo y no lo encuentran.

Millones de hombres serían felices con transformar los espacios incultos o mal cultivados en campos cubiertos de ricas mieses. Pero esos valientes obreros tienen que seguir parados porque los poseedores de la tierra, de la mina, de la fábrica, prefieren dedicar los capitales a préstamos a los turcos o egipcios, o en acciones de oro de la Patagonia, que trabajen para ellos los *fellahs* egipcios, los italianos emigrados de su país natal o los *coolies* chinos.

Ésta es la limitación consciente y directa de la producción. Pero hay también una limitación indirecta e inconsciente, que consiste en gastar el trabajo humano en objetos inútiles en absoluto, o destinados tan sólo a satisfacer la necia vanidad de los ricos.

Baste citar los miles de millones gastados por Europa en armamento, sin más fin que conquistar mercados para imponer la ley económica a los vecinos y facilitar la explotación en el interior; los millones pagados cada año a los funcionarios de todo fuste, cuya misión es mantener el derecho de las minorías a gobernar la vida económica de la nación; los millones gastados en jueces, cárceles, policías y todo ese embrollo que llaman justicia. En fin, los millones empleados en propagar por medio de la prensa ideas nocivas y noticias falsas, en provecho de los partidos, de los personajes políticos y de las compañías de explotadores.

Aun se gasta más trabajo inútilmente aquí para mantener la cuadra, la perrera y la servidumbre doméstica del rico; allí para responder a los caprichos de las rameras de alto copete y al depravado lujo de los viciosos elegantes; en otra parte, para forzar al consumidor a que compre lo que no le hace falta o imponerle con reclamos un articulo de mala calidad; más allá para producir sustancias alimenticias absolutamente nocivas para el consumidor, pero provechosas para el fabricante y el expendedor. Lo que se malgasta de esta manera bastaría para duplicar la producción útil, o para crear manufacturas y fábricas que bien pronto inundarían los almacenes con todas las provisiones de que carecen dos tercios de la nación.

De aquí resulta que, de los mismos que en cada nación se dedican a los trabajos productivos, la cuarta parte por lo menos se ve obligada con regularidad a un paro de tres o cuatro meses por año, y otra cuarta parte, si no la mitad, no puede producir con su labor otros resultados que divertir a los ricos o explotar al público.

Así, pues, por un lado si se considera la rapidez con que las naciones civilizadas aumentan su fuerza de producción, y por otro los límites puestos a ésta, debe deducirse que una organización económica medianamente razonable permitiría a las naciones civilizadas amontonar en pocos años tantos productos útiles, que se verían en el caso de exclamar: "¡Basta de

carbón, basta de trigo, basta de telas! ¡Descansemos, retirémonos para utilizar mejor nuestras fuerzas, para emplear mejor nuestros ocios!”

No; el bienestar para todos no es un sueño. Podía serlo cuando a duras penas lograba el hombre recoger ocho o diez hectolitros de trigo por hectárea, o construir por su propia mano los instrumentos mecánicos necesarios para la agricultura y la industria. Ya no es un ensueño desde que el hombre inventó el motor que, con un poco de hierro y algunos kilos de carbón, le da la fuerza de un caballo dócil, manejable, capaz de poner en movimiento la máquina más complicada.

Mas para que el bienestar llegue a ser una realidad, es preciso que el inmenso capital deje de ser considerado como una propiedad privada, del que el acaparador disponga a su antojo. Es menester que el rico instrumento de la producción sea propiedad común, a fin de que el espíritu colectivo saque de él los mayores beneficios para todos. Se impone la expropiación.

El bienestar de todos como fin; la expropiación como medio.

II

La expropiación: tal es el problema planteado por la historia ante nosotros, los hombres de fines del siglo XIX. Devolución a la comunidad de todo lo que sirva para conseguir el bienestar.

Pero este problema no puede resolverse por la vía legislativa. El pobre y el rico comprenden que ni los gobiernos actuales ni los que pudieran surgir de una revolución política serían capaces de resolverlo. Se siente la necesidad de una revolución social, y ni a ricos ni a pobres se les oculta que esa revolución está próxima.

Durante el curso de este último medio siglo se ha comprobado la evolución en los espíritus; pero comprimida por la minoría, es decir, por las clases poseedoras, y no habiendo podido tomar cuerpo, es necesario que aparte los obstáculos por medio de la fuerza y que se realice con violencia por medio de la revolución.

¿De dónde vendrá la revolución? ¿Cómo se anunciará? Es una incógnita. Pero los que observan y meditan no se equivocan: trabajadores y explotadores, revolucionarios y conservadores, pensadores y hombres prácticos... todos confiesan que está llamando a nuestras puertas.

Todos hemos estudiado mucho el lado dramático de las revoluciones, pero poco su obra verdaderamente revolucionaria, o muchos de entre nosotros no ven en esos grandes movimientos más que el aparato escénico, la lucha de los primeros días, las barricadas. Pero esa lucha, esa escaramuza primera, termina muy pronto; sólo después de la derrota de los antiguos gobiernos comienza la obra real de la revolución.

Incapaces e impotentes, atacados por todas partes, pronto se los lleva el soplo de la insurrección. En pocos días dejó de existir la monarquía burguesa de 1848, y cuando un coche de alquiler llevaba a Luis Felipe de Francia, a París ya no le importaba el ex rey.

El gobierno de Thiers desapareció en pocas horas, el 18 de marzo de 1871, dejando a París dueño de sus destinos. Y sin embargo, 1848 y 1871 no fueron más que insurrecciones. Ante una revolución popular, los gobernantes se eclipsan con sorprendente rapidez. Recordemos la Comuna.

Desaparecido el gobierno, el ejército ya no obedece a sus jefes, vacilante por la oleada del levantamiento popular. Cruzándose de brazos, la tropa permite las acciones, o con la culata en alto se une a los insurrectos. La policía, con los brazos caídos, no sabe si debe pegar o gritar: "*Vive la Commune!*" Y los agentes del orden público se meten en sus casas "a esperar el nuevo gobierno". Los orondos burgueses lían la maleta y se ponen a buen recaudo. Sólo queda el pueblo. He aquí cómo se anuncia una revolución:

Se proclama la Comuna en varias ciudades grandes. Miles de hombres están en las calles, y acuden por la noche a los clubs improvisados, preguntándose: "¿Qué vamos a hacer?", y discuten con ardor los negocios públicos.

Todo el mundo se interesa en ellos; los indiferentes de la víspera son quizá los más celosos. Por todas partes hay buena voluntad, un vivo deseo de asegurar la victoria. Se producen las grandes abnegaciones. El pueblo desea sólo marchar hacia adelante.

De seguro que habrá venganzas satisfechas. Pero eso será un accidente de la lucha y no la revolución. Los socialistas gubernamentales, los radicales, los genios desconocidos del periodismo, los oradores efectistas, corren al ayuntamiento, a los ministerios, para tomar posesión de las poltronas abandonadas. Se

admiran ante los espejos ministeriales y estudian el dar órdenes con una gravedad a la altura de su nueva posición. ¡Les hace falta un fajín rojo, un kepis galoneado y un ademán magistral para imponerse al excompañero de redacción o de taller! Los otros se meten entre papelotes con la mejor voluntad de comprender alguna cosa. Redactan leyes, lanzan decretos de frases sonoras, que nadie se cuidará de ejecutar.

Para darse aires de una autoridad que no tienen, buscan la canción de las antiguas formas de gobierno. Elegidos o aclamados, se reúnen en parlamentos o en consejos de la Comuna. Allí se encuentran hombres pertenecientes a diez, a veinte escuelas diferentes que no son capillas particulares, como suele decirse, sino que corresponden a maneras diversas de concebir la extensión, el alcance y los deberes de la revolución. Posibilistas, colectivistas, radicales, jacobinos, blanquistas, forzosamente reunidos, pierden el tiempo en discutir. Las personas honradas se confunden con los ambiciosos, que sólo piensan en dominar y en despreciar a la multitud de la cual han surgido. Llegando todos con ideas diametralmente opuestas, se ven obligados a formar alianzas ficticias para constituir mayorías que no duran ni un día; disputan, se tratan unos a otros de reaccionarios, de autoritarios, de bribones; no son capaces de entender ninguna medida seria, y propenden a perder el tiempo en discutir necedades; no consiguen más que dar a luz proclamas altisonantes, todo se toma por lo serio, mientras que la verdadera fuerza del movimiento está en la calle.

Durante ese tiempo, el pueblo sufre. Se paran las fábricas, los talleres están cerrados, el comercio se estanca. El trabajador, incluso, ya no cobra ni el mezquino salario de antes. El precio de los alimentos sube.

Con esa abnegación heroica que siempre ha caracterizado al pueblo, y que llega a lo sublime en las grandes épocas, tiene paciencia. Él es quien exclamaba en 1848: “Ponemos tres meses de miseria al servicio de la República”, mientras que los diputados y los miembros del nuevo gobierno, hasta el último policía, cobraban con regularidad sus pagas. El pueblo sufre. Con su ingenua confianza, con la candidez de la masa que cree en los que la conducen, espera que se ocupen de él allá arriba, en la Cámara, en el Ayuntamiento, en el comité de Salud pública.

Pero allá arriba se piensa en toda clase de cosas, excepto en los sufrimientos de la muchedumbre. Cuando el hambre roe a Francia en 1793 y compromete la revolución; cuando el pueblo se ve reducido a la última miseria, al paso que los Campos Elíseos se ven llenos de magníficos carruajes, donde las mujeres exhiben sus lujosas galas, ¡Robespierre insiste a los jacobinos hacer discutir su memoria acerca de la constitución inglesa! Cuando el trabajador sufre en 1848 con la paralización general de la industria, el gobierno provisional y la Cámara discuten acerca de las pensiones militares y el trabajo durante esta época de crisis. Y si algún cargo debe hacerse a la Comuna de París, nacida bajo los cánones de los prusianos, y que sólo duró setenta días, es el no haber comprendido que la revolución comunera no podía triunfar sin combatientes bien alimentados y que con seis reales diarios no se podía a la vez batirse en las murallas y mantener a su familia.

III

El pueblo sufre y se pregunta: "¿Qué hacer para salir del atolladero?"

Reconocer y proclamar que cada cual tiene ante todo el derecho de vivir, y que la sociedad debe repartir entre todo el mundo, sin excepción, los medios de existencia de que dispone. Obrar de suerte que, desde el primer día de la revolución, sepa el trabajador que una nueva era se abre ante él; que en lo sucesivo nadie se verá obligado a dormir debajo de los puentes, junto a los palacios; a permanecer en ayuno mientras haya alimentos, a tiritar de frío cerca de los comercios de pieles. Sea todo de todos, tanto en realidad como en principio, y prodúzcase al fin en la historia una revolución que piense en las necesidades del pueblo antes de leerle la cartilla de sus deberes.

Esto no podrá realizarse por decretos, sino tan sólo por la toma de posesión inmediata, efectiva, de todo lo necesario para la vida de todos; tal es la única manera en verdad científica de proceder, la única que comprende y desea la masa del pueblo.

Tomar posesión en nombre del pueblo sublevado, de los graneros de trigo, de los almacenes atestados de ropa y de las casas habitables. No derrochar nada, organizarse en seguida para lle-

nar los vacíos, hacer frente a todas las necesidades, satisfacerlas; producir, ya no para dar beneficios, sea a quien fuere, sino para hacer que viva y se desarrolle la sociedad.

Basta de esas fórmulas ambiguas, como el "derecho al trabajo", tengamos el valor de reconocer que el bienestar debe realizarse a toda costa. Cuando los trabajadores reclamaban en 1848 el "derecho al trabajo", se organizaban talleres nacionales o municipales a donde eran enviados hombres a fatigarse por dos pesetas diarias. Cuando pedían la organización del trabajo, les respondían: "Paciencia, amigos; el gobierno va a ocuparse de eso, y ahí tienen hoy dos pesetas. ¡Descansen, rudos trabajadores, que mucho han trabajado toda la vida!" Y entretanto, se apuntaban los cánones, se convocaban hasta las últimas reservas del ejército, se desorganizaba a los propios trabajadores por mil medios que se conocen al dedillo los burgueses. Y cuando menos lo pensaban, les dijeron: "¡Colonicen el África, o los ametrallamos!"

¡Muy diferente sería el resultado si los trabajadores reivindican el derecho del bienestar! Por eso mismo proclaman su derecho a apoderarse de toda la riqueza social; a tomar las casas e instalarse en ellas con arreglo a las necesidades de cada familia; a tomar los víveres acumulados y consumirlos de suerte que conozcan la hartura tanto como conocen el hambre. Proclaman su derecho a todas las riquezas, y es menester que conozcan lo que son los grandes goces del arte y de la ciencia, mucho tiempo acaparados por los burgueses.

Y cuando afirman su derecho al bienestar, declaran su derecho a decidir ellos mismos lo que ha de ser su bienestar, lo que es preciso para asegurarlo y lo que en lo sucesivo debe abandonarse como desprovisto de valor.

El derecho al bienestar es la posibilidad de vivir como seres humanos y de criar los hijos para hacerles miembros iguales de una sociedad superior a la nuestra, al paso que el derecho al trabajo es el derecho a continuar siempre siendo un esclavo asalariado, un hombre de labor, gobernado y explotado por los burgueses del mañana. El derecho al bienestar es la revolución social; el derecho al trabajo es, a lo sumo, un presidio industrial.

El comunismo anarquista

I

Toda sociedad que rompa con la propiedad privada se verá en el caso de organizarse en comunismo anarquista.

Hubo un tiempo en que una familia de aldeanos podía considerar el trigo que cultivaba y las vestiduras de lana tejidas en casa como productos de su propio trabajo. Aun entonces, esta creencia no era del todo correcta. Había caminos y puentes hechos en común, pantanos desecados por un trabajo colectivo y pastos comunes cercados por setos que todos costeaban. Una mejora en las artes de tejer o en el modo de tintar los tejidos, aprovechaba a todos; en aquella época, una familia campesina no podía vivir sino a condición de encontrar apoyo en la ciudad, en el municipio.

Situándonos en este punto de vista general y sintético de la producción, no podemos admitir con los colectivistas que una remuneración proporcional a las horas de trabajo aportadas por cada uno en la producción de las riquezas, pueda ser un ideal, ni siquiera un paso adelante hacia ese ideal. Sin discutir aquí si realmente el valor de cambio de las mercancías se mide en la sociedad actual por la cantidad de trabajo necesario para producirlas (según lo han afirmado Smith y Ricardo, cuya tradición ha seguido Marx), que nos baste decir que el ideal colectivista parece irrealizable en una sociedad que considera los instrumentos de producción como un patrimonio común. Basada en este principio, se vería obligada a abandonar en el acto cualquier forma de salario.

Estamos convencidos de que el individualismo mitigado del sistema colectivista no podría existir junto con el comunismo

parcial de la posesión por todos del suelo y de los instrumentos del trabajo. Una nueva forma de posesión requiere una nueva forma de retribución. Una forma nueva de producción no podría mantener la antigua forma de consumo, como no podría amoldarse a las formas antiguas de organización política.

El salario ha nacido de la apropiación personal del suelo y de los instrumentos para la producción por parte de algunos.

Era la condición necesaria para el desarrollo de la producción capitalista; morirá con ella, aunque se trate de disfrazarla bajo la forma de "bonos de trabajo". La posesión común de los instrumentos de trabajo traerá consigo necesariamente el goce en común de los frutos de la labor común.

Sostenemos no sólo que es deseable el comunismo, sino que hasta las actuales sociedades, fundadas en el individualismo, se ven obligadas de continuo a caminar hacia el comunismo.

El desarrollo del individualismo, durante los tres últimos siglos, se explica, sobre todo, por los esfuerzos del hombre, que quiso prevenirse contra los poderes del capital y del Estado. Creyó por un momento –y así lo han predicado los que formulaban su pensamiento por él– que podía liberarse por completo del Estado y de la sociedad. "Mediante el dinero –decía– puedo comprar todo lo que necesite". Pero el individuo ha tomado mal camino, y la historia moderna lo conduce a confesar que sin el concurso de todos no puede hacer nada, aunque tuviese sus arcas atestadas de oro.

Junto a esa corriente individualista vemos en toda la historia moderna, por una parte, la tendencia a conservar todo lo que queda del comunismo parcial de la antigüedad, y por otra, a restablecer el principio comunista en las mil y mil manifestaciones de la vida.

En cuanto los municipios de los siglos X, XI y XII consiguieron emanciparse del señor laico o religioso, dieron inmediatamente gran extensión al trabajo en común, al consumo en común.

La ciudad era la que fletaba buques y despachaba caravanas para el comercio lejano, cuyos beneficios eran para todos y no para los individuos; también compraba las provisiones para sus habitantes. Las huellas de esas instituciones se han mantenido hasta el siglo XIX, y los pueblos conservan religiosamente el recuerdo de ellas en sus leyendas.

Todo eso ha desaparecido. Pero el municipio rural aún lucha por mantener los últimos vestigios de ese comunismo, y lo consigue mientras el Estado no vierte su abrumadora espada en la balanza.

Al mismo tiempo surgen, bajo diversos aspectos, nuevas organizaciones basadas en el mismo principio de "a cada uno según sus necesidades", porque sin cierta dosis de comunismo no podrían vivir las sociedades actuales.

El puente, por cuyo paso pagaban en otro tiempo los transeúntes, se ha hecho de uso común. El camino por el que antiguamente se pagaba la legua, ya no existe más que en Oriente. Los museos, las bibliotecas libres, las escuelas gratuitas, las comidas comunes para los niños, los parques y los jardines abiertos para todos, las calles empedradas y alumbradas, libres para todo el mundo; el agua enviada a domicilio y con tendencia general a no tener en cuenta la cantidad consumida, he aquí otras tantas instituciones fundadas en el principio de "Toma lo que necesites".

Los tranvías y ferrocarriles introducen ya el billete de abono mensual o anual, sin tener en cuenta el número de viajes, y recientemente toda una nación, Hungría, ha introducido en su red de ferrocarriles el billete por zonas, que permite recorrer quinientos o mil kilómetros por el mismo precio. Tras de esto no falta mucho para el precio uniforme, como ocurre en el servicio postal. En todas estas innovaciones, y también en otras, hay la tendencia a no medir el consumo. Hay quien quiere recorrer mil leguas, y otro solamente quinientas. Ésas son necesidades personales, y no hay razón alguna para hacer pagar a uno doble que a otro sólo porque sea dos veces más intensa su necesidad.

Hay también la tendencia a poner las necesidades del individuo por encima de la evaluación de los servicios que haya prestado o que preste algún día a la sociedad. Se llega a considerar la sociedad como un todo; cada una de sus partes está tan íntimamente ligada con las demás, que el servicio prestado a tal o cual individuo es un servicio prestado a todos.

Cuando acuden a una biblioteca pública –por ejemplo, las de Londres o Berlín–, el bibliotecario no les pregunta qué servicio han dado a la sociedad para darles el libro o los cien libros que le

piden, y si es necesario, les ayuda a buscarlos en el catálogo. Mediante un derecho de entrada único, la sociedad científica abre sus museos, jardines, bibliotecas, laboratorios, y da fiestas anuales a cada uno de sus miembros, ya sea un Darwin o un simple aficionado.

En San Petersburgo, si persiguen un invento, van a un taller especial, donde les ofrecen sitio, un banco de carpintero, un torno de mecánico, todas las herramientas necesarias, todos los instrumentos de precisión, con tal de que sepan manejarlos, y se les deja trabajar todo lo que gusten. Ahí están las herramientas; interesen a amigos por vuestra idea, asóciense a otros amigos de diversos oficios si no prefieren trabajar solos; inventen la máquina o no inventen nada, eso es cosa suya. Una idea los conduce, y eso basta.

Los marinos de una falúa de salvamento no preguntan sus títulos a los marineros de un buque náufrago; lanzan su embarcación, arriesgan su vida entre las olas furibundas, y algunas veces mueren por salvar a unos hombres a quienes no conocen siquiera. ¿Y para qué necesitan conocerlos? "Les hacen falta nuestros servicios, son seres humanos: eso basta, su derecho queda asentado. ¡Salvémoslos!" Que mañana una de nuestras grandes ciudades, tan egoístas en tiempos corrientes, sea visitada por una calamidad cualquiera –por ejemplo, un sitio– y esa misma ciudad decida que las primeras necesidades que se han de satisfacer son las de los niños y los viejos, sin informarse de los servicios que hayan prestado o presten a la sociedad; es preciso ante todo mantenerlos, cuidar a los combatientes independientemente de la valentía o de la inteligencia demostradas por cada uno de ellos, y hombres y mujeres a millares rivalizarán en abnegación por cuidar a los heridos.

Existe la tendencia. Se acentúa en cuanto quedan satisfechas las más imperiosas necesidades de cada uno, a medida que aumenta la fuerza productora de la humanidad, se acentúa más cada vez que una gran idea ocupa el puesto de las mezquinas preocupaciones de nuestra vida cotidiana.

El día en que devolviesen los instrumentos de producción a todos, en que las tareas fuesen comunes y el trabajo –ocupando el sitio de honor en la sociedad– produjese mucho más de lo necesario para todos, ¿cómo dudar de que esta tendencia ensan-

chará su esfera de acción hasta llegar a ser el principio mismo de la vida social?

Por esos indicios somos del parecer de que, cuando la revolución haya quebrantado la fuerza que mantiene el sistema actual, nuestra primera obligación será realizar inmediatamente el comunismo. Pero nuestro comunismo no es el de los falansterianos ni el de los teóricos autoritarios alemanes, sino el comunismo anarquista, el comunismo sin gobierno, el de los hombres libres. Ésta es la síntesis de los dos fines perseguidos por la humanidad a través de las edades: la libertad económica y la libertad política.

II

Tomando la anarquía como ideal de la organización política, no hacemos más que formular también otra pronunciada tendencia de la humanidad. Cada vez que lo permitía el curso del desarrollo de las sociedades europeas, éstas sacudían el yugo de la autoridad y esbozaban un sistema basado en los principios de la libertad individual. Y vemos en la historia que los períodos durante los cuales fueron derribados los gobiernos a consecuencia de revoluciones parciales o generales, han sido épocas de repentino progreso en el terreno económico e intelectual.

Ya es la independencia de los municipios, cuyos monumentos –fruto del trabajo libre de asociaciones libres– no han sido superados desde entonces; es el levantamiento de los campesinos el que hizo la Reforma y puso en peligro el Papado; ya la sociedad –libre en los primeros tiempos– fundada al otro lado del Atlántico por los descontentos que huyeron de la vieja Europa.

Y si observamos el desarrollo presente de las naciones civilizadas, vemos un movimiento cada vez más acentuado en pro de limitar la esfera de acción del gobierno y dejar cada vez mayor libertad al individuo. Ésta es la evolución actual, aunque dificultada por el fárrago de instituciones y preocupaciones heredadas de lo pasado. Lo mismo que todas las evoluciones, no espera más que la revolución para barrer las viejas ruinas que le sirven de obstáculo, tomando libre vuelo en la sociedad regenerada.

Después de haber intentado largo tiempo resolver el insoluble problema de inventar un gobierno que "obligue al individuo

a la obediencia, sin cesar de obedecer también a la sociedad", la humanidad intenta liberarse de toda especie de gobierno y satisfacer sus necesidades de organización, mediante el libre acuerdo entre individuos y grupos que persigan los mismos fines. La independencia de cada mínima unidad territorial es ya una necesidad apremiante; el común acuerdo reemplaza a la ley, y pasando por encima de las fronteras, regula los intereses particulares con la mira puesta en un fin general.

Todo lo que en otro tiempo se tuvo como función del gobierno se le disputa hoy, acomodándose más fácilmente y mejor sin su intervención. Estudiando los progresos hechos en este sentido, nos vemos llevados a afirmar que la humanidad tiende a reducir a cero la acción de los gobiernos, esto es, a abolir el Estado, esa personificación de la injusticia, de la opresión y del monopolio.

Ciertamente que la idea de una sociedad sin Estado provocará por lo menos tantas objeciones como la economía política de una sociedad sin capital privado. Todos hemos sido amamantados con prejuicios acerca de las funciones providenciales del Estado. Toda nuestra educación, desde la enseñanza de las tradiciones romanas hasta el código de Bizancio, que se estudia con el nombre de derecho romano, y las diversas ciencias profesadas en las universidades, nos acostumbran a creer en el gobierno y en las virtudes del Estado providencia.

Para mantener este prejuicio se han inventado y enseñado sistemas filosóficos. Con el mismo fin se han dictado leyes. Toda la política se funda en ese principio, y cada político, cualquiera que sea su matiz, dice siempre al pueblo: "¡Dame el poder; quiero y puedo librarte de las miserias que pesan sobre ti!"

Abran cualquier libro de sociología, de jurisprudencia, y encontrarán en él siempre al gobierno, con su organización y sus actos, ocupando un gran lugar, que nos acostumbramos a creer que fuera del gobierno y de los hombres de Estado ya no hay nada.

La prensa repite en todos los tonos la misma cantinela. Columnas enteras se consagran a las discusiones parlamentarias, a las intrigas de los políticos; apenas si se advierte la inmensa vida cotidiana de una nación en algunas líneas que tratan de un asunto económico, a propósito de una ley, o en la sección

de noticias o en la de sucesos del día. Y cuando leen esos periódicos, lo que menos piensan es en el inmenso número de seres humanos que nacen y mueren, trabajan y consumen, conocen los dolores, piensan y crean, más allá de esos personajes de estorbo, a quienes se glorifica hasta el punto de que sus sombras, agrandadas por nuestra ignorancia, cubran y oculten a la humanidad.

Y sin embargo, en cuanto se pasa del papel impreso a la vida misma, en cuanto se echa una ojeada a la sociedad, salta a la vista la parte infinitesimal que en ella representa el gobierno. Balzac había hecho notar ya cuántos millones de campesinos permanecen durante toda su vida sin conocer nada del Estado, excepto los impuestos que están obligados a pagarle. Diariamente se hacen millones de tratos sin que intervenga el gobierno, y los más grandes de ellos –los del comercio y la bolsa– se hacen de modo que ni siquiera se podría invocar al gobierno si una de las partes contratantes tuviese la intención de no cumplir sus compromisos. Hablen con un hombre que conozca el comercio, y les dirá que los cambios operados todos los días entre comerciantes serían de absoluta imposibilidad si no tuvieran por base la confianza mutua. La costumbre de cumplir su palabra, el deseo de no perder el crédito, bastan ampliamente para sostener esa honradez comercial. El mismo que sin el menor remordimiento envenena a sus parroquianos con infectas drogas cubiertas de etiquetas pomposas, tiene como empeño de honor el cumplir sus compromisos.

Pues bien; si esa moralidad relativa ha podido desarrollarse, hasta en las condiciones actuales, cuando el enronquecimiento es el único móvil y el único objetivo, ¿podemos dudar que no progrese rápidamente, en cuanto ya no sea la base fundamental de la sociedad la apropiación de los frutos de la labor ajena?

Hay otro rasgo característico de nuestra generación, que aún habla mejor en pro de nuestras ideas, y es el continuo crecimiento del campo de las empresas debidas a la iniciativa privada y el prodigioso desarrollo de todo género de agrupaciones libres. Estos hechos son innumerables, y tan habituales, que forman la esencia de la segunda mitad de este siglo, aun cuando los escritores de socialismo y de política los ignoran, prefiriendo hablarnos siempre de las funciones del gobierno.

Estas organizaciones, libres y variadas hasta lo infinito, son un producto tan natural, crecen con tanta rapidez y se agrupan con tanta facilidad, son un resultado tan necesario del continuo crecimiento de las necesidades del hombre civilizado y reemplazan con tantas ventajas a la injerencia gubernamental, que debemos reconocer en ellas un factor cada vez más importante en la vida de las comunidades.

Si no se extienden aún al conjunto de las manifestaciones de la vida, es porque hallan un obstáculo insuperable en la miseria del trabajador, en las castas de la sociedad actual, en la apropiación privada del capital colectivo, en el Estado. Abolan esos obstáculos, y las verán cubrir el inmenso dominio de la actividad de los hombres civilizados. La historia de los cincuenta años últimos es una prueba de la impotencia del gobierno representativo para desempeñar las funciones con que se le ha querido revestir.

Algún día se citará el siglo XIX como la fecha del aborto del parlamentarismo.

Esta impotencia es tan evidente para todos, son tan palpables las faltas del parlamentarismo y los vicios fundamentales del principio representativo, que los pocos pensadores que han hecho su crítica (J. Stuart Mill, Laverdais) no han tenido más que traducir el descontento popular. Es absurdo nombrar algunos hombres y decirles: "Hágannos leyes acerca de todas las manifestaciones de nuestra vida, aunque cada uno de ustedes las ignore". Se empieza a comprender que el gobierno de las mayorías parlamentarias significa el abandono de todos los asuntos del país a los que forman las mayorías en la Cámara y en los comicios a los que no tienen opinión.

La unión postal internacional, las uniones de ferrocarriles, las sociedades sabias, dan el ejemplo de soluciones halladas por el libre acuerdo, en vez de por la ley. Cuando grupos diseminados por el mundo quieren llegar hoy a organizarse para un fin cualquiera, no nombran un parlamento internacional de diputados para todo, y a quienes se les diga: "Vótennos leyes; las obedeceremos". Cuando no se pueden entender directamente o por correspondencia, envían delegados que conozcan la cuestión especial que va a tratarse, y les dicen: "Procuren ponerse de acuerdo acerca de tal asunto, y vuelvan luego no con una ley en el bolsillo, sino con una proposición de acuerdo, que aceptaremos

o no aceptaremos". Así es como obran las grandes sociedades industriales y científicas, las asociaciones de todas clases, que hay en gran número en Europa y en los Estados Unidos. Y así deberá obrar la sociedad libertada. Para realizar la expropiación, le será absolutamente imposible organizarse bajo el principio de la representación parlamentaria. Una sociedad fundada en la servidumbre podrá conformarse con la monarquía absoluta; una sociedad basada en el salario y en la explotación de las masas por los detentadores del capital, se acomoda con el parlamentarismo. Pero una sociedad libre que vuelva a entrar en posesión de la herencia común, tendrá que buscar en el libre agrupamiento y en la libre federación de los grupos una organización nueva que convenga a la nueva fase económica de la historia.

Ricardo Flores Magón

¿Para qué sirve la autoridad?[1]

I

Inclinado sobre el arado, regando con su sudor el surco que va abriendo, trabaja el peón a la par que entona una de esas tristísimas canciones del pueblo en las que parece condensarse, sumarse toda la amargura que la injusticia social ha venido acumulando por siglos y siglos en el corazón de los humildes. Trabaja el peón y canta, al mismo tiempo que piensa en el jacal donde los suyos le esperan para tomar reunidos la pobre cena. Su corazón se inunda de ternura pensando en sus hijitos y en su compañera y alzando la vista para observar la disposición del sol en aquel momento, con el fin de adivinar la hora que pueda ser, percibe a lo lejos una ligera nubecilla de polvo que poco a poco se va haciendo más grande a medida que más se acerca al lugar en que él se encuentra. Son soldados de caballería que se le aproximan y le preguntan: "¿eres tú, Juan?", y al recibir una respuesta afirmativa, le dicen: "ven con nosotros, el gobierno te necesita". Y allá va Juan amarrado como un criminal, camino de la ciudad donde le aguarda el cuartel, mientras los suyos quedan en el jacal, condenados a morirse de hambre o a robar y a prostituirse para no sucumbir. ¿Podría decir Juan que la autoridad es buena para los pobres?

II

Hace tres días que Pedro recorre ansioso las calles de la ciudad en busca de trabajo. Es buen trabajador; sus músculos son de acero; en su rostro cuadrado de hijo del pueblo se refleja la honradez.

[1] Publicado como relato en *Regeneración*, 4ta. época, núm. 83, 30 de marzo de 1912, p. 1. Versión en inglés en *Regeneración*, 4ta. época, núm. 116, 16 de noviembre de 1912; p. 4 e *ídem*, núm. 152, 2 de agosto de 1913, p. 5.

En vano recorre la ciudad en todos sentidos pidiendo a los señores burgueses que se tomen la "molestia" de explotar sus robustos brazos. Por todas partes se le cierran las puertas; pero Pedro es enérgico y no desmaya, y sudoroso, con los finos dientes del hambre destrozándole el estómago, ofrece, ofrece, ofrece sus puños de hierro, con la esperanza de encontrar un amo que "caritativamente" quiera explotarlos. Y mientras atraviesa la ciudad por la vigésima vez, piensa en los suyos que como él tienen hambre y le esperan ansiosos en la humilde pocilga, de la que están próximos a ser expulsados por el dueño de la casa que no quiere esperar por más tiempo el pago de la renta. Piensa en los suyos... y, contraído dolorosamente el corazón, con las lágrimas próximas a rodar de sus ojos, aprieta el paso pretendiendo encontrar amos, amos, amos... Un polizonte lo ha visto pasar y repasar y volver a pasar la calle en que está apostado "guardando el orden público" y tomándole por el cuello lo conduce a la más cercana estación de policía, donde lo acusa de vagancia. Mientras él sufre en la cárcel, los suyos perecen de hambre y de frío o se prostituyen o roban para no morir de hambre. ¿Podría decir Pedro que la autoridad es buena para los pobres?

III

Santiago, contentísimo, se despide de su compañera. Va a pedir al dueño de la hacienda la parte que, como mediero, le corresponde de la abundante cosecha que se ha levantado. El hacendado saca libros, apuntes, notas, vales y después de hacer sumas, restas, multiplicaciones y divisiones dice a su mediero: "nada te debo; por el contrario, tú me debes a mí por provisiones, ropa, leña, etcétera". El mediero protesta y ocurre a un juez pidiéndole justicia. El juez revisa los libros, apuntes, notas, vales, y hace sumas, restas, multiplicaciones y divisiones y condena al mediero a pagar su deuda al hacendado y a pagar las costas y gastos del juicio. La compañera contentísima sale a encontrar a Santiago con el hijo menor en brazos, creyendo que traerá bastante dinero, pues la cosecha ha sido espléndida, pero palidece al ver que corren abundantes lágrimas por las tostadas mejillas del noble trabajador, que llega con las manos vacías y el corazón hecho pedazos. El hacendado había hecho

las cuentas del Gran Capitán y el juez se había puesto, como siempre, del lado del fuerte. ¿Podría decir Santiago que la autoridad es buena para los pobres?

IV

En la pequeña estancia, saturada la atmósfera de humo de petróleo y de tabaco, Martín, el inteligente agitador obrero, dirige la palabra a sus compañeros: "no es posible tolerar por más tiempo la inicua explotación de que somos objetos –dice Martín, echando hacia atrás la cabeza melenuda y bella como la de un león–. Trabajamos doce, catorce y hasta dieciséis horas por unos cuantos centavos; se nos multa con cualquier pretexto para mermar más aún nuestro salario de hambre; se nos humilla prohibiéndonos que demos albergue en nuestras miserables viviendas a nuestros amigos o a nuestros parientes o a quien se nos dé la gana; se nos prohíbe la lectura de periódicos que tienden a despertarnos y a educarnos. No permitamos más humillaciones, compañeros declarémonos en huelga pidiendo aumento de salario y disminución de horas de trabajo, así como que se respeten las garantías que la Constitución nos concede". Una salva de aplausos recibe las palabras del orador. Se vota por la huelga, pero al día siguiente la población obrera sabe que Martín fue arrestado al llegar a su casa y que hay orden de aprehensión contra algunos de los más inteligentes de los obreros. El pánico cunde y la masa obrera se resigna y vuelve a deslomarse y a ser objeto de humillaciones. ¿Podría decir Martín que la autoridad es buena para los pobres?

V

Desde antes de rayar el alba, ya está Epifania en pie colocando cuidadosamente en un gran cesto coles, lechugas, tomates, chile verde, cebollas, que recoge de su pequeño huerto y con la carga a cuestas, llega al mercado de la ciudad a realizar su humilde mercancía, con cuyo producto podrá comprar la medicina que necesita el viejo padre y el pan que necesitan sus pequeños hermanos. Antes de que Epifania venda dos manojos de cebollas se presenta el recaudador de las contribuciones, exigiendo el

pago en nombre del gobierno que necesita dinero para pagar ministros, diputados, senadores, jueces, gendarmes, soldados, empleados, gobernadores, jefes políticos y carceleros. Epifania no puede hacer el pago y su humilde mercancía es embargada por el gobierno, sin que el llanto ni las razones de la pobre mujer logren ablandar el corazón del funcionario público. ¿Podría decir Epifania que la autoridad es buena para los pobres?

VI

¿Para que sirve, pues, la autoridad? Para hacer respetar la ley que, escrita por los ricos o por hombres instruidos que están al servicio de los ricos, tiene por objeto garantizarles la tranquila posesión de las riquezas y la explotación del trabajo del hombre. En otras palabras, la autoridad es el gendarme del Capital, y este gendarme no está pagado por el Capital sino por los pobres.

Para acabar con la autoridad, debemos comenzar por acabar con el Capital. Tomemos posesión de la tierra, de la maquinaria de producción y de los medios de transportación. Organicemos el trabajo y el consumo en común, estableciendo que todo sea de la propiedad de todos, y entonces no habrá ya necesidad de pagar funcionarios que cuiden el Capital retenido en unas cuantas manos, pues cada hombre y cada mujer serán a la vez productores y vigilantes de la riqueza social.

Mexicanos: vuestro porvenir está en vuestras manos. Hoy que el principio de autoridad ha perdido su fuerza por la rebeldía popular, es el momento más oportuno para poner las manos sobre la ley y hacerla pedazos; para poner las manos sobre la propiedad individual haciéndola propiedad de todos y cada uno de los seres humanos que pueblan la República Mexicana.

No permitamos, por lo tanto, que se haga fuerte un gobierno. ¡A expropiar sin tardanza! Y si por desgracia sube algún otro individuo a la Presidencia de la República, ¡guerra contra él y los suyos, para impedir que se haga fuerte, y mientras tanto, a continuar la expropiación!

En pos de la libertad[2]

La humanidad se encuentra en estos momentos en uno de esos periodos que se llaman de transición, esto es, el momento histórico en que las sociedades humanas hacen esfuerzos para transformar el medio político y social en que han vivido, por otro que esté en mejor acuerdo con el modo de pensar de la época y satisfaga un poco más las aspiraciones generales de la masa humana.

Quienquiera que tenga la buena costumbre de informarse de lo que ocurre por el mundo, habrá notado, de hace unos diez años a esta parte, un aumento de actividad de los diversos órdenes de la vida política y social.

Se nota una especie de fiebre, un ansia parecida a la que se apodera del que siente que le falta aire para respirar. Es éste un malestar colectivo que se hace cada vez más agudo, como que cada vez es más grande la diferencia entre nuestros pensamientos y los actos que nos vemos precisados a ejecutar, así en los detalles como en el conjunto de nuestras relaciones con los semejantes.

Se piensa de un modo y se obra de otro distinto; ninguna relación hay entre el pensamiento y la acción. A esta incongruencia del pensamiento y de la realidad, a esta falta de armonía entre el ideal y el hecho, se debe esa excitación febril, esa ansia, ese malestar, parte de este gran movimiento que se traduce en la actividad que se observa en todos los países civilizados para transformar este medio, este ambiente político y social, sostenido por instituciones caducas que ya no satisfacen a los pueblos, en otro

[2] Disertación pronunciada el 30 de octubre de 1910, en la sesión del grupo *Regeneración*, en Los Ángeles, California, en la que Flores Magón augura que vendrá la Revolución mexicana. Recuperado de http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/politica/discursos/5.html.

que armonice mejor con la tendencia moderna a mayor libertad y mayor bienestar.

El menos observador de los lectores de periódicos habrá podido notar este hecho. Hay una tendencia general a la innovación, a la reforma, que se exterioriza en hechos individuales o colectivos: el destronamiento de un rey, la declaración de una huelga, la adopción de la acción directa por tal o cual sindicato obrero, la explosión de una bomba al paso de algún tirano, la entrada al régimen constitucional de pueblos hasta hace poco regidos por monarquías absolutas, el republicanismo amenazando a las monarquías constitucionales, el socialismo haciendo oír su voz en los Parlamentos, la Escuela Moderna abriendo sus puertas en las principales ciudades del mundo y la filosofía anarquista haciendo prosélitos hasta en pueblos como el del Indostán y la China: estos hechos no pueden ser considerados aisladamente, como no teniendo relación alguna con el estado general de la opinión, sino más bien como el principio de un poderoso movimiento universal en pos de la libertad y la felicidad.

Lo que indica claramente que nos encontramos en un periodo de transición, es el carácter de la tendencia de ese movimiento universal.

No se ve en él, en manera alguna, el propósito de conservar las formas de vida política y social existentes, sino que cada pueblo, según el grado de cultura que ha alcanzado, según el grado de educación en que se halla, y el carácter más o menos revolucionario de sus sindicatos obreros, reacciona contra el medio ambiente en pro de la transformación, siendo digno de notarse que la fuerza propulsora, en la mayoría de los casos, para lograr la transformación en un sentido progresivo del ambiente, ya no viene desde arriba hacia abajo, esto es, de las clases altas a las bajas de la sociedad, como sucedía antes, sino desde abajo hacia arriba, siendo los sindicatos obreros, en realidad, los laboratorios en que se moldea y se prepara la nueva forma que adoptarán las sociedades humanas del porvenir.

Este trabajo universal de transformación no podía dejar de afectar a México, que, aunque detenido en su evolución por la imposición forzosa de un despotismo sin paralelo casi en la historia de las desdichas humanas, de hace algunos años a esta

parte, da también señales de vida, pues no podía sustraerse a él en esta época en que tan fácilmente se ponen en comunicación todos los pueblos de la Tierra.

Los diarios, las revistas, los libros, los viajeros, el telégrafo, el cable submarino, las relaciones comerciales, todo contribuye a que ningún pueblo quede aislado y sin tomar carácter mundial, y México toma la parte que le corresponde en él, dispuesto, como todos los pueblos de la Tierra en este momento solemne, a dar un paso, si es que no puede dar un salto –que yo creo que sí lo dará–, en la grande obra de la transformación universal de las sociedades humanas.

México, como digo, no podía quedar aislado en el gran movimiento ascendente de las sociedades humanas, y prueba de lo que digo es la agitación que se observa en todas las ramas de la familia mexicana.

Haciendo a un lado preocupaciones de bandería, que creo no tener, voy a plantear ante vosotros la verdadera situación del pueblo mexicano y lo que la causa universal de la dignificación humana puede esperar de la participación de la sociedad mexicana en el movimiento de transformación del medio ambiente.

No por su educación, sino por las circunstancias especiales en que se encuentra el pueblo mexicano, es probable que sea nuestra raza la primera en el mundo que dé un paso franco en la vía de la reforma social.

México es el país de los inmensamente pobres y de los inmensamente ricos. Casi puede decirse que en México no hay término medio entre las dos clases sociales: la alta y la baja, la poseedora y la no poseedora; hay, sencillamente, pobres y ricos.

Los primeros, los pobres, privados casi en lo absoluto de toda comodidad, de todo bienestar; los segundos, los ricos, provistos de todo cuanto hace agradable la vida.

México es el país de los contrastes. Sobre una tierra maravillosamente rica, vegeta un pueblo incomparablemente pobre.

Alrededor de una aristocracia brillante, ricamente ataviada, la clase trabajadora pasea sus desnudeces.

Lujosos trenes y soberbios palacios muestran el poder y la arrogancia de la clase rica, mientras los pobres se amontonan en las vecindades y pocilgas de los arrabales de las grandes ciudades.

Y como para que todo sea contraste en México, al lado de una gran ilustración adquirida por algunas clases, se ofrece la negrura de la supina ignorancia de otras.

Estos contrastes tan notables, que ningún extranjero que visita México puede dejar de observar, alimentan y robustecen dos sentimientos: uno, de desprecio infinito de la clase rica e ilustrada por la clase trabajadora, y otro de odio amargo de la clase pobre por la clase dominadora, a la vez que la notable diferencia entre las dos clases va marcando en cada una de ellas caracteres étnicos distintos, al grado de que casi puede decirse que la familia mexicana está compuesta de dos razas diferentes, y andando el tiempo esa diferencia será de tal naturaleza que al hablar de México, los libros de geografía del porvenir dirán que son dos las razas que lo pueblan, si no se verificase una conmoción social que acercase las dos clases sociales y las mezclase, y fundiese las diferencias físicas de ambas en un solo tipo.

Cada día se hacen más tirantes las relaciones entre las dos clases sociales, a medida que el proletariado se hace más consciente de su miseria y la burguesía se da mejor cuenta de la tendencia, cada vez más definida, de las clases laboriosas a su emancipación.

El trabajador ya no se conforma con los mezquinos salarios acostumbrados. Ahora emigra al extranjero en busca de bienestar económico, o invade los grandes centros industriales de México.

Se está acabando en nuestro país el tipo de trabajador por el cual suspira la burguesía mexicana: aquél que trabajaba, para un solo amo toda la vida, el criado que desde niño ingresaba a una casa y se hacía viejo en ella, el peón que no conocía ni siquiera los confines de la hacienda donde nacía, crecía, trabajaba y moría.

Había personas que no se alejaban más allá de donde todavía podían ser escuchadas las vibraciones del campanario de su pueblo. Este tipo de trabajador está siendo cada vez más escaso.

Ya no se consideran, como antes, sagradas las deudas con la hacienda, las huelgas son más frecuentes de día en día y en varias partes del país nacen los embriones de los sindicatos obreros del porvenir.

El conflicto entre el Capital y el Trabajo es ya un hecho, un hecho comprobado por una serie de actos que tienen exacta conexión unos con otros, la misma causa, la misma tendencia; fueron hace algunos años los primeros movimientos de los que despierta y se encuentra con que desciende por una pendiente; ahora es ya la desesperación del que se da cuenta del peligro y lucha a brazo partido movido por el instinto de propia conservación. Instinto, digo, y creo no equivocarme.

Existe una gran diferencia en el fondo de dos actos al parecer iguales. El instinto de propia conservación impele a un obrero a declararse en huelga para ganar algo más, de modo de poder pasar mejor la vida. Al actuar así ese obrero, no tiene en cuenta la justicia de su demanda. Simplemente quiere tener algunas pocas comodidades de las cuales carece, y si las obtiene, hasta se lo agradece al patrón, con cuya gratitud demuestra que no tiene idea alguna sobre el derecho que corresponde a cada trabajador de no dejar ganancia alguna a sus patrones.

En cambio, el obrero que se declara en huelga con el preconcebido objeto de obtener no sólo un aumento en su salario, sino de restar fuerza moral al pretendido derecho del Capital a obtener ganancias a costa del trabajo humano, aunque se trate igualmente de una huelga, obra el trabajador en este caso conscientemente y la trascendencia de su acto será grande para la causa de la clase trabajadora.

Pero si este movimiento espontáneo, producido por el instinto de la propia conservación, es inconsciente para la masa obrera mexicana, en general no lo es para una minoría selecta de la clase trabajadora de nuestro país, verdadero núcleo del gran organismo que resolverá el problema social en un porvenir cercano.

Esa minoría, al obrar en un momento oportuno, tendrá el poder suficiente de llevar la gran masa de trabajadores a la conquista de su emancipación política y social.

Esto en cuanto a la situación económica de la clase trabajadora mexicana.

Por lo que respecta a su situación política, a sus relaciones con los poderes públicos, todos vosotros sois testigos de cómo se las arregla el gobierno para tener sometida a la clase proletaria.

Para ninguno de vosotros es cosa nueva saber que sobre México pesa el más vergonzoso de los despotismos.

Porfirio Díaz, el jefe de ese despotismo, ha tomado especial empeño en tener a los trabajadores en la ignorancia de sus derechos tanto políticos como sociales, como que sabe bien que la mejor base de una tiranía es la ignorancia de las masas.

Un tirano no confía tanto la estabilidad de su dominio en la fuerza de las armas como en la ceguera del pueblo. De aquí que Porfirio Díaz no tome empeño en que las masas se eduquen y se dignifiquen.

El bienestar, por sí solo, obra benéficamente en la moralidad del individuo; Díaz lo comprende así, y para evitar que el mexicano se dignifique por el bienestar, aconseja a los patrones que no paguen salarios elevados a los trabajadores. De ese modo cierra el tirano todas las puertas a la clase trabajadora mexicana, arrebatándole dos de los principales agentes de fuerza moral: la educación y el bienestar.

Porfirio Díaz ha mostrado siempre decidido empeño en conseguir que el proletariado mexicano se considere a sí mismo inferior en mentalidad, moralidad y habilidad técnica y hasta en resistencia física a su hermano el trabajador europeo y norteamericano.

Los periódicos pagados por el gobierno, entre los que descuella *El Imparcial*, han aconsejado en todo tiempo sumisión al trabajador mexicano, en virtud de la supuesta inferioridad, insinuando que si el trabajador lograse mejor salario y disminución de la jornada de trabajo, tendría más dinero que derrochar en el vicio y más tiempo para contraer malos hábitos.

Esto, naturalmente, ha retrasado la evolución del proletariado mexicano; pero no es lo único que ha sufrido bajo el feroz despotismo del bandolero oaxaqueño.

La miseria en su totalidad más aguda, la pobreza más abyecta, ha sido el resultado inmediato de esa política que tan provechosa ha sido así al despotismo como a la clase capitalista.

Política provechosa para el despotismo ha sido esa, porque por medio de ella se han podido echar sobre las espaldas del pobre todas las cargas: las contribuciones son pagadas en último análisis por los pobres, exclusivamente; el contingente para el ejército se recluta exclusivamente entre la masa proletaria; los

servicios gratuitos que imponen las autoridades de los pueblos recaen también, exclusivamente, en la persona de los pobres.

Las autoridades, tanto políticas como municipales, fabrican fortunas multando a los trabajadores con el menor pretexto, y para que la explotación sea completa, las tiendas de raya reducen casi a nada los salarios, y el clero los merma aún más vendiendo el derecho de entrada al cielo.

No se sabe qué tanto tiempo tendría que durar esta situación para el proletariado mexicano si por desgracia no hubieran alcanzado los efectos de la tiranía de Porfirio Díaz a las clases directoras mismas.

Éstas, durante los primeros lustros de la dictadura de Porfirio Díaz, fueron el mejor apoyo del despotismo. El clero y la burguesía, unidos fuertemente a la autoridad, tenían al pueblo trabajador completamente sometido; pero como la ley de la época es la competencia en el terreno de los negocios, una buena parte de la burguesía ha sido vencida por una minoría de su misma clase, formada de hombres inteligentes que se han aprovechado de su influencia en el poder público para hacer negocios cuantiosos, acaparando para sí las mejores empresas y dejando sin participación en ellas al resto de la burguesía, lo que ocasionó, naturalmente, la división de esa clase, quedando leal a Porfirio Díaz la minoría burguesa conocida con el nombre de los *científicos*, mientras el resto volvió armas contra el gobierno y formó los partidos militantes de oposición a Díaz y especialmente a Ramón Corral, el vicepresidente, bajo las denominaciones de Partido Nacional Democrático y Partido Nacional Antirreeleccionista, cuyos programas conservadores no dejan lugar a duda de que no son partidos absolutamente burgueses.

Sea como fuere, esos dos partidos forman parte de las fuerzas disolventes que obran en estos momentos contra la tiranía que impera en nuestro país, de las cuales la del Partido Liberal constituye la más enérgica y será la que en último resultado preponderе sobre los demás, como es de desearse, por ser el Partido Liberal el verdadero partido de los oprimidos, de los pobres, de los proletarios; la esperanza de los esclavos del salario, de los desheredados, de los que tienen por patria una tierra que pertenece por igual a científicos porfiristas como a burgueses demócratas y antirreeleccionistas.

La situación del pueblo mexicano es especialísima: contra el poder público obran en estos momentos los pobres, representados por el Partido Liberal, y los burgueses, representados por los partidos Nacionalista Democrático y Nacional Antirreeleccionista.

Esta situación tiene forzosamente que resolverse en un conflicto armado. La burguesía quiere negocios que la minoría científica no ha de darle. El proletariado, por su parte, quiere bienestar económico y dignificación social por medio de la toma de posesión de la tierra y la organización sindical, a lo que se oponen, por igual, el gobierno y los partidos burgueses.

Creo haber planteado el problema con claridad suficiente. Una lucha a muerte se prepara en estos momentos para la modificación del medio en que el pueblo mexicano, el pueblo pobre, se debate en una agonía de siglos. Si el pueblo pobre triunfa, esto es, si sigue las banderas del Partido Liberal, que es el de los trabajadores y las clases que no poseen bienes de fortuna, México será la primera nación del mundo que dé un paso franco por el sendero de los pueblos todos de la Tierra, aspiración poderosa que agita a la humanidad entera, sedienta de libertad, ansiosa de justicia, hambrienta de bienestar material; aspiración que se hace más aguda a medida que se ve con más claridad el evidente fracaso de la república burguesa para asegurar la libertad y la felicidad de los pueblos.

Discurso sobre la Indiferencia en 1917[3]

Deseo deciros algunas palabras acerca de un mal hábito, bastante generalizado entre los seres humanos. Me refiero a la indiferencia, ese mal hábito que consiste en no fijar la atención en asuntos que atañen a los intereses generales de la humanidad.

Cada quien se interesa por su propia persona y por las personas más allegadas a él, y nada más; cada quien procura su bienestar y el de su familia, y nada más, sin reflexionar que el bienestar del individuo depende del bienestar de los demás; y que el bienestar de una colectividad, de un pueblo, de la humanidad entera, es el producto de condiciones que la hacen posible, es el resultado de circunstancias favorables, es la consecuencia natural, lógica, de un medio de libertad y de justicia.

Así, pues, el bienestar de cada uno depende del bienestar de los demás, bienestar que sólo puede ser posible en un medio de libertad y de justicia, porque si la tiranía impera, si la desigualdad es la norma, solamente pueden gozar de bienestar los que oprimen, los que están más arriba que los demás, los que en la desigualdad fundan la existencia de sus privilegios.

Por lo tanto, el deber de todos es preocuparse por los intereses generales de la humanidad para lograr la formación de un medio favorable al bienestar de todos. Sólo de esa manera podrá el individuo gozar de verdadero bienestar.

Pero vemos que en la vida corriente ocurre todo lo contrario. Cada uno lucha y se sacrifica por su bienestar personal, y no lo logra, porque su lucha no está enderezada contra las condiciones que son obstáculo para obtener el bienestar de todos.

---

[3] Pronunciado por Ricardo Flores Magón, en El Monte, California, en 1917. Recuperado de http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/politica/discursos/15.html.

El ser humano lucha, se afana, se sacrifica por ganarse el pan de cada día; pero esa lucha, ese afán, ese sacrificio no dan el resultado apetecido, esto es, no producen el bienestar del individuo porque no están dirigidos los esfuerzos a cambiar las condiciones generales de convivencia, no entra en los cálculos del individuo que lucha, se afana y se sacrifica la creación de circunstancias favorables a todos los individuos, sino el mezquino interés de la satisfacción de necesidades individuales, sin hacer aprecio de las necesidades de los demás.

El que está trabajando sólo piensa en que no le quiten el trabajo y se alegra cuando en una rebaja de trabajadores no entra él en el número de los cesantes, mientras que el que no tiene trabajo suspira por el momento en que el burgués despida a algún trabajador para ver si, de esa manera, logra él ocupar el puesto vacante, y hay algunos tan viles, hay algunos tan abyectos, que no titubean en ofrecer sus brazos por menos paga, y otros que en un momento de huelga se apresuran a llenar los lugares desocupados momentáneamente por los huelguistas.

En suma, los trabajadores se disputan el pan, se arrebatan el bocado, son enemigos los unos de los otros, porque cada quien busca solamente su propio bienestar sin preocuparse del bienestar de los demás, y ese antagonismo entre los individuos de la misma clase, esa lucha sorda por el duro mendrugo, hace permanente nuestra esclavitud, perpetúa la miseria, nos hace desgraciados, porque no comprendemos que el interés del vecino es nuestro propio interés, porque nos sacrificamos por un interés individual mal entendido, buscando en vano un bienestar que sólo puede ser el resultado de nuestro interés por los asuntos que atañen a la humanidad entera, interés que, si se intensificara y se generalizara, daría como producto la transformación de las condiciones actuales de vida, ineptas para procurar el bienestar a todos porque están fundadas en el antagonismo de los intereses, en otras basadas en la armonía de los intereses, en la fraternidad y en la justicia.

Veis por lo tanto, compañeros, que, para alcanzar el bienestar, es preciso, es indispensable fijar la atención en los intereses generales de la humanidad, hacer a un lado la indiferencia, porque la indiferencia eterniza nuestra esclavitud. Todos nos sentimos desgraciados, pero no acertamos a encontrar una de las

principales causas de nuestro infortunio, que es nuestra indiferencia, nuestra apatía por todo lo que significa interés general.

La indiferencia es nuestra cadena, y somos nosotros nuestros propios tiranos porque no ponemos nada de nuestra parte para destruirla. Indiferentes y apáticos vemos desfilar los acontecimientos con la misma impasibilidad que si se tratara de asuntos de otro planeta, y como cada quien se interesa únicamente por su propia persona, sin preocuparse de los intereses generales, de los intereses comunes a todos, nadie siente la necesidad de unirse para ser fuertes en las luchas por el interés general; de donde resulta que no habiendo solidaridad entre los oprimidos, el gobierno se extralimita en sus abusos y los amos de toda clase hacen presa de nosotros, nos esclavizan, nos explotan, nos oprimen y nos humillan.

Cuando reflexionemos que todos los que sufrimos males idénticos tenemos un mismo interés, un interés común a todos los oprimidos, y nos hagamos, por lo tanto, el propósito de ser solidarios, entonces seremos capaces de transformar las circunstancias que nos hacen desgraciados por otras que sean favorables a la libertad y al bienestar.

Dejemos ya de apretarnos las manos y de preguntar angustiados qué será bueno hacer para contrarrestar las embestidas de la tiranía de los gobiernos y de la explotación de los capitalistas. El remedio está en nuestras manos: unámonos todos los que sufrimos el mismo mal, seguros de que ante nuestra solidaridad se estrellarán los abusos de los que fundan su fuerza en nuestra desunión y en nuestra indiferencia.

Los tiranos no tienen más fuerza que la que les damos nosotros mismos con nuestra indiferencia. No son los tiranos los culpables de nuestros infortunios, sino nosotros mismos.

Preciso es confesarlo: si el burgués nos desloma en el trabajo y exige de nosotros hasta la última gota de sudor, ¿a quién se debe ese mal sino a nosotros mismos, que no hemos sabido oponer a la explotación burguesa nuestra protesta y nuestra rebeldía?

¿Cómo no ha de oprimirnos el gobierno cuando sabe que una orden suya, por injusta que ella sea y por más que lastime nuestra dignidad de hombres, es acatada por nosotros con la vista baja, sin murmurar siquiera, sin un gesto que haga constar nuestro descontento y nuestra cólera? ¿Y no somos nosotros mismos,

los desheredados, los oprimidos, los pobres, los que nos prestamos a recibir de las manos de nuestros opresores el fusil, destinado a exterminar a nuestros hermanos de clase, en los raros momentos en que la mansedumbre y la habitual indiferencia ceden su puesto a las explosiones del honor y del decoro? ¿No salen de nuestras filas, de la gran masa proletaria, el polizonte y el mayordomo, el carcelero y el verdugo?

Somos nosotros, los pobres, los que remachamos nuestras propias cadenas, los causantes del infortunio propio y de los nuestros.

El anciano que tiende la mano temblorosa en demanda de un mendrugo; el niño que llora de frío y de hambre; la mujer que ofrece su carne por unas cuantas monedas... son hechura nuestra, a nosotros deben su infortunio, porque no sabemos hacer de nuestro pecho un escudo; y nuestras manos, acostumbradas a implorar, son incapaces de hincarse, como tenazas, en el cuello de nuestros verdugos.

Discurso pronunciado el 16 de septiembre de 1910[4]

Compañeros:

Un recuerdo glorioso y una aspiración santa nos congrega esta noche.

Cada vez más claro, según el tiempo avanza; cada vez más definido, según pasan los años, vemos aquel acto grandioso, aquel acto inmortal llevado a cabo por un hombre que en los umbrales de la muerte, cuando su religión le mostraba el cielo, bajó la vista hacia la Tierra, donde gemían los hombres bajo el peso de las cadenas, y no quiso irse de esta vida, no quiso decir su eterno adiós a la humanidad sin antes haber roto las cadenas y transformado al esclavo en hombre libre.

Yo gusto de representarme el acto glorioso. Veo con los ojos de mi imaginación la simpática figura de Miguel Hidalgo. Veo sus cabellos, blanqueados por los años y por el estudio, flotar en el aire: veo el noble gesto del héroe iluminar el rostro apacible de aquel anciano. Lo veo, en la tranquilidad de su aposento, ponerse repentinamente en pie y llevar la mano nerviosa a la frente.

Todos duermen, menos él. La vida parece suspendida en aquel pueblo de hombres cansados por el trabajo y la tiranía; pero Hidalgo vela por todos, Hidalgo piensa por todos. Veo a Hidalgo lanzarse a la cabeza de media docena de hombres para someter un despotismo sostenido por muchos miles de hombres. Con un puñado de valientes llega a la cárcel y pone en libertad a los presos; va a la iglesia después y congrega al pueblo, y, al frente de menos de cincuenta hombres, arroja el guante al despotismo.

Ese fue el principio de la formidable rebelión cuyo centenario celebramos esta noche; este fue el comienzo de la insurrección que, si algo puede enseñarnos, es a no desconfiar de la fuer-

[4] Recuperado de http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/politica/discursos/4.html.

za del pueblo, porque precisamente fueron sus autores los que aparentemente son los más débiles.

No fueron los ricos los que rodearon a Hidalgo en su empresa de gigante: fueron los pobres, fueron los desheredados, fueron los parias, los que amasaron con su sangre y con sus vidas la gloria de Granaditas, la tragedia de Calderón y la epopeya de Las Cruces.

Los pobres son la fuerza, no porque son pobres, sino porque son el mayor número. Cuando los pueblos tengan la conciencia de que son más fuertes que sus dominadores, no habrá más tiranos.

Proletarios: la obra de la Independencia fue vuestra obra; el triunfo contra el poderío de España fue vuestro triunfo; pero que no sirva este triunfo para que os echéis a dormir en brazos de la gloria. Con toda la sinceridad de mi conciencia honrada os invito a despertar.

El triunfo de la revolución que iniciasteis el 16 de septiembre de 1810 os dio la Independencia nacional; el triunfo de la revolución que iniciasteis en Ayutla os dio la libertad política; pero seguís siendo esclavos, esclavos de ese moderno señor que no usa espada, no ciñe casco guerrero, ni habita almenados castillos, ni es héroe de alguna epopeya: sois esclavos de ese nuevo señor cuyos castillos son los bancos y se llama el Capital.

Todo está subordinado a las exigencias y a la conservación del Capital. El soldado reparte la muerte en beneficio del Capital; el juez sentencia a presidio en beneficio del Capital; la máquina gubernamental funciona por entero, exclusivamente, en beneficio del Capital; el Estado mismo, republicano o monárquico, es una institución que tiene por objeto exclusivo la protección y salvaguarda del Capital.

El Capital es el dios moderno, a cuyos pies se arrodillan y muerden el polvo los pueblos todos de la Tierra. Ningún dios ha tenido mayor número de creyentes ni ha sido tan universalmente adorado y temido como el Capital, y ningún dios, como el Capital, ha tenido en sus altares mayor número de sacrificios.

El dios Capital no tiene corazón ni sabe oír. Tiene garras y tiene colmillos. Proletarios, todos vosotros estáis entre las garras y colmillos del Capital. El Capital os bebe la sangre y trunca el porvenir de vuestros hijos.

Si bajáis a la mina, no es para haceros ricos vosotros, sino para hacer ricos a vuestros amos; si vais a encerraros por largas horas

en esos presidios modernos que se llaman fábricas y talleres, no es para labrar vuestro bienestar ni el de vuestras familias: es para procurar el bienestar de vuestros patrones; si vais a la línea del ferrocarril a clavar rieles, no es para que viajéis vosotros, sino vuestros señores; si levantáis con vuestras manos un palacio, no es para que lo habiten vuestra mujer y vuestros hijos, sino para que vivan en él los señores del Capital.

En cambio de todo lo que hacéis, de vuestro trabajo, se os da un salario perfectamente calculado para que apenas podáis cubrir las más urgentes de vuestras necesidades, y nada más.

El sistema de salario os hace depender, por completo, de la voluntad y del capricho del Capital. No hay más que una sola diferencia entre vosotros y los esclavos de la antigüedad, y esa diferencia consiste en que vosotros tenéis la libertad de elegir vuestros amos.

Compañeros: habéis conquistado la Independencia nacional y por eso os llamáis mexicanos: conquistasteis así mismo, vuestra libertad política, y por eso os llamáis ciudadanos; falta por conquistar la más preciosa de las libertades; aquélla que hará de la especie humana el orgullo y la gloria de esta mustia Tierra, hasta hoy deshonrada por el orgullo de los de arriba y la humildad de los de abajo.

La libertad económica es la base de todas las libertades. Ante el fracaso innegable de la libertad política en todos los pueblos cultos de la Tierra, como panacea para curar todos los dolores de la especie humana, el proletariado ha llegado a la conclusión de que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos, y este sencillo axioma es el cimiento de granito de toda obra verdaderamente revolucionaria.

Compañeros, conozco al mexicano. La historia me dice todo lo que puede hacer el mexicano. Abrid la página de ese gran libro que se llama historia de México, y en ella encontraréis los grandes hechos de los hombres de nuestra raza.

Es grande el mexicano cuando rechaza, con su pecho desnudo y sus armas de piedra, al bandidaje español caído en nuestra tierra, en son de conquista; es grande el mexicano cuando vencido y torturado, cuando sus carnes arden en el suplicio del fuego, lanza una mirada despreciativa a sus verdugos y formula, con la sonrisa en los labios, aquella pregunta digna de un dios en desgracia y que es algo así como la nota más alta de la

ironía, arrancada a los horrores de la tragedia: ¿estoy acaso en un lecho de rosas?

Es grande el mexicano cuando sepulta, bajo una tormenta de guijarros, la altura altanera de la alhóndiga de Granaditas; es grande el mexicano en Cuautla, grande en el cerro de El Sombrero, grande en Padierna y Chapultepec, grande en Calpulalpan, grande en Puebla, grande en Santa Isabel y en Querétaro.

Grandes sabéis ser en el infortunio y grandes en el triunfo: ahí está la historia que lo dice.

Cada vez que el progreso humano da un paso, dais vosotros un paso también. No queréis ir atrás, os avergüenza quedaros a la zaga de vuestros hermanos de las otras razas, y aun bajo el peso de la tiranía, cuando la conciencia humana parece dormir, y cuerpo y espíritu son esclavos, viven en vosotros, con la vida intensa de las cualidades de la raza, el estoicismo de Cuauhtémoc, la serena audacia de Hidalgo, el arrojo indomable de Morelos, la virtud de Guerrero y la constancia inquebrantable de Juárez, el indio sublime, el indio inmenso, el piloto gigante que llevó a la raza a seguro puerto en medio de los escollos y de las tempestades de un mar traidor.

Mexicanos: vuestro pasado merece un aplauso. Ahora es preciso que conquistéis el aplauso del porvenir por vuestra conducta en el presente. Habéis cumplido con vuestro deber en las grandes luchas del pasado; pero falta que toméis la parte que os corresponde en las grandes luchas del presente.

La libertad que conquistasteis no puede ser efectiva, no podrá beneficiaros mientras no conquistéis la base primordial de todas las libertades: la libertad económica, sin la cual el hombre es miserable juguete de los ladrones del gobierno y de la banca, que tienen sometida a la humanidad con algo más pesado que las cadenas, con algo más inicuo que el presidio y que se llama la miseria, ¡el infierno trasplantado a la Tierra por la codicia del rico!

Os independizasteis de España; independizaos, ahora, de la miseria. Fuisteis audaces entonces; sed audaces ahora uniendo todas vuestras fuerzas a las del Partido Liberal Mexicano en su lucha a muerte contra el despotismo de Porfirio Díaz.

Práxedis Guerrero

Si sentís deseos de inclinaros ante un déspota, hacedlo;
pero levantad una piedra para terminar dignamente el saludo[1].

[1] *Regeneración*, núm. 5, 1 de octubre de 1910, Los Ángeles, California.

El objeto de la Revolución[2]

"¿Por qué, si quieres la libertad, no matas al tirano y evitas de ese modo los horrores de una gran contienda fratricida? ¿Por qué no asesinas al déspota que oprime al pueblo y ha puesto precio a tu cabeza?", me han preguntado varias veces. Porque no soy enemigo del tirano, he contestado; porque si matara al hombre, dejaría en pie la tiranía, y a ésta es a la que yo combato; porque si me lanzara ciegamente a él, haría lo que el perro cuando muerde la piedra inconsciente que le ha herido, sin adivinar ni comprender el impulso de donde viene.

La tiranía es la resultante lógica de una enfermedad social, cuyo remedio actual es la Revolución, ya que la resistencia pacífica de la doctrina tolstoiana sólo produciría en estos tiempos el aniquilamiento de los pocos que entendieran su sencillez y la practicaran.

Leyes inviolables de la naturaleza rigen las cosas y los seres; la causa es creadora del efecto; el medio determina de una manera absoluta la aparición y las cualidades del producto. Donde hay materias putrefactas sobreviene el gusano; dondequiera que asoma y se desarrolla un organismo, es que ha habido y hay elementos para su formación y nutrimento. Las tiranías, los despotismos más sanguinarios y feroces, no quebrantan esa ley, que no tiene escotillones. Existen, luego a su derredor prevalece un estado especial de medio ambiente, del cual ellos son el resultado. Si ofenden, si dañan, si estorban, ha de buscarse su anulación en la transformación de ese mórbido medio ambiente, y no en el simple asesinato del tirano. Para destruir la tiranía es ineficaz la muerte aislada de un hombre, por más que

[2] Publicado en el periódico *Regeneración*, núm. 3, 17 de Septiembre de 1910, en Los Ángeles, California.

él sea zar, sultán, dictador o presidente, que equivale a procurar la desecación de un pantano matando de cuando en cuando las sabandijas que en él nacen.

Si fuera de otra manera, nada más práctico y sencillo que ir hacia el individuo y despedazarlo. La ciencia moderna pone en nuestras manos instrumentos poderosos de una eficacia segura y terrible, los que manejados una vez y haciendo un número insignificante de víctimas, lograrían la libertad de los pueblos, y la Revolución no tendría excusa ni objeto.

Para una mayoría de gentes, revolución y guerra tienen igual significado: error que a la luz de extraviados criterios, hace aparecer como barbarie el supremo recurso de los oprimidos. La guerra tiene las invariables características del odio y las ambiciones nacionales o personales; de ella sale un beneficio relativo para un individuo o grupo, pagado con la sangre y el sacrificio de las masas. La revolución es el sacudimiento brusco de la tendencia humana hacia el mejoramiento, cuando una parte más o menos numerosa de la humanidad es sometida por la violencia a un estado incompatible con sus necesidades y aspiraciones. Contra un hombre se harán guerras, pero nunca revoluciones; aquéllas destruyen, perpetuando las injusticias; éstas mezclan, agitan, confunden, trastornan y funden en el fuego purificador de ideas nuevas, los elementos viejos envenenados de prejuicios y carcomidos de polilla, para sacar del ardiente crisol de la catástrofe un medio más benigno para el desarrollo y la expansión de los seres.

La revolución es el torrente que desborda sobre la aridez de las campiñas muertas, para extender sobre ellas el limo de la vida que transforma los eriales de la paz forzada, donde sólo habitan reptiles, en campos fértiles, acondicionados para la espléndida floración de las especies superiores.

Los tiranos no surgen de las naciones por un fenómeno de autogeneración. La ley universal del determinismo los sube a las espaldas de los pueblos. La misma ley, manifestada en el poderoso transformismo revolucionario, los hará caer para siempre, asfixiados como el pez que fuera privado de su morada líquida.

La Revolución es un hecho plenamente consciente, no el espasmo de una bestialidad primitiva. No hay inconsecuencia entre la idea que guía y la acción que se impone.

Puntos Rojos[3]

Para desvanecer la atmósfera de los enemigos de México, la dictadura ha enviado una circular a los maestros de escuelas yanquis haciéndoles saber que Díaz cuenta con la confianza absoluta del Pueblo al que ha sabido civilizar y hacer feliz y pidiéndoles que celebren la fiesta del Centenario; sin duda, para que los mexicanos emigrados olviden que esa fecha es de luto para ellos.

Un conejo digerido en el estómago de un lobo ya no es conejo sino lobo, y siguiendo esa lógica tiene razón el dictador Díaz, en llamar enemigos de México a los de su despotismo.

El cadáver del médico Adolfo Beltrán Lagos, acribillado por 18 balas de mauser y ultrajado brutalmente por la policía y el Jefe Político de Tonalá, Chiapas, es una bella decoración para el monumento del Centenario. ¿Verdad, gentes pacíficas?

Millares de proletarios están viviendo en Guanajuato de tunas y quelites.

Si el vegetarianismo es una prueba de cultura, bien puede admitirse que México es la nación más culta por obra y esfuerzo de tiranos y burgueses.

¡Luz! ¡Luz! ¡Mucha luz!... Las lentejuelas necesitan luz.

Un millón quinientos mil pesos para luz en las próximas fiestas, para lucir las charreteras, los galones, las bayonetas, los coloretes y los postizos. Habrá luz, porque los harapos, las cicatrices viejas y las frescas, las miserias, todas que repugnan, quedarán fuera de la ciudad. Nuestra gran fiesta es la fiesta de los satisfechos.

---

[3] *Puntos Rojos* se publicó originalmente en *Regeneración*, núm. 2, del 10 de Septiembre de 1910; núm. 3, del 17 de septiembre de 1910; núm. 4, del 24 de septiembre de 1910; núm. 5, del 1 de octubre de 1910; núm. 6, del 8 de octubre de 1910; núm. 8, del 22 de octubre de 1910; núm. 9, del 29 de octubre de 1910; núm. 10, del 5 de noviembre de 1910; núm. 12, del 19 de noviembre de 1910; en Los Ángeles, California.

La revolución yanqui de Nicaragua ha triunfado colocando a Juan Estrada en el poder.

Wall Street se regocija.

La India y el Egipto, desmintiendo el héroe de San Juan Hill, están manifestando que son aptos para buscar por sí mismos su bienestar sin la tutela desinteresada de la noble a Ibión.

Los actos individuales, preliminar de la acción colectiva, continúan en esos países desafiando las crueldades de la represión.

El movimiento obrero en Bilbao y Zaragoza, España, ha motivado la consabida declaración del estado de sitio en los distritos afectados. Huelguistas y esquiroles han tenido varios choques sangrientos.

Cuando los productores comprendan mejor sus intereses y declaren el estado de sitio general para los explotadores, serán estos los competentes para romperlos.

Algunos politicastros rojistas, acogidos temporalmente por otras banderas, creen en la vuelta de la isla de Elba. ¿Habrá quién les tome en serio sus declaraciones por el bien público?

Hace mucho la prensa dio la noticia de la libertad de setenta y cuatro reos políticos; actos meritorios del gobierno, según ciertos políticos; triunfo de las peticiones humildes, según otros. Los periódicos, aun muchos de los llamados independientes, mencionaron, como festejando la libertad, a varios mártires liberales muertos por malos tratos en la prisión, entre ellos el eximio artista Jesús Martínez Carreón, director de El Colmillo Público. La mayor parte de los libres habían compurgado hacía tiempo su condena; los más estuvieron encarcelados por dos años, como simples sospechosos.

Vayan mis sinceros desprecios para los periodistas independientes que ayudaron al gobierno a dar al mundo el mito de la magnanimidad.

Díaz Mirón, el poeta gendarme, está enfermo; el inspirado esbirro autor de las famosas Lascas, se encuentra en su casa hecho una piltrafa, resultado de su valerosa campaña en persecución de Santanón, que ha de reir todavía de las bravatas del Bate-polizonte, que prometía ridículamente ir a cortarle la cabeza.

Santana Rodríguez es un hombre valiente, honrado y valeroso a quien los despojos y los ultrajes de las autoridades obligaron

a levantarse en armas; un hombre que avergüenza con su virilidad indomable a los degenerados como su infeliz perseguidor, enfermo ahora de miedos y fatigas policíacas.

Los avanzados del mundo entero van a celebrar el aniversario del asesinato de Francisco Ferrer, haciendo propaganda por la Escuela Moderna. El grupo Solidaridad Obrera, de Nueva York, trata de fundar un plantel similar a los suprimidos en Barcelona, en la Semana Sangrienta. Varios grupos de libertarios mexicanos trabajan igualmente para establecer la enseñanza racionalista.

Ferrer está muerto; pero la obra a la que dedicó sus desvelos está asegurada.

En la pila donde bautizaron a Hidalgo, remojarán la mollera de 30,000 niños, en el próximo carnaval septembrino. No estaría malo ver que a ese número del programa y al de los huehuenches, agregaran un sacrificio a Huitzilopochtli ya que él también era buen dios de nuestros mayores.

De la Barra, el trabajador de Porfirio Díaz, cercano a Taft, se ha dedicado a escribir para desvanecer la atmósfera de los enemigos de México, pero refuta a Turner. ¿Turner prueba lo contrario de lo que han revelado muchas plumas justicieras? No. Sólo panegiriza servilmente a su amo.

Informan de México, de una remesa de mujeres y niños de Tres Marías; los mayores de menos de 15 años. Iban amarrados, vacilantes y demacrados por el hambre. ¿Su crimen? Rateros...

¡Oh, sí! Hay muchos rateros en México. Hay gentes depravadas que roban hasta la insignificancia de un pambazo, cuando podrían darse el lujo de morirse de hambre...

Por buena suerte para los satisfechos, en México hay justicia, que envía amarrados a los niños hambrientos de la capital al presidio del Pacífico, para gastar sin remordimientos algunos millones en divertirse.

* * *

Los estudiantes argentinos, reunidos en turba de fanáticos, destruyendo las bibliotecas y periódicos obreros de Buenos Aires, han erigido el mejor monumento a la enseñanza burguesa, cultivadora de las pasiones del bruto.

Pronto desaparecerá Belem. La tiranía se civiliza; está haciendo casa nueva a la barbarie.

Agosto dio la cifra más alta de la emigración de trabajadores mexicanos a los Estados Unidos.

Nuestros patrioteros se alarman y desesperan por no poder evitar el éxodo de los proletarios; porque les disgusta quedarse sin esclavos y pensar que los extranjeros pensarán que así somos todos los mexicanos: andrajosos, sucios y miserables.

Que haya miseria horrible en México, no importa; lo que sí debe evitarse a toda costa, es que se crea que en México no hay señores que han sabido hacer fortuna a costa ajena y visten bien desnudando a los de abajo.

Alfonso, el asesino de Montjuich, le ha enviado a Porfirio Díaz, el carnicero de Río Blanco, el gran collar de Carlos III que usó el difunto Eduardo VII. Según los heraldos de la Corte, el tal collar es un tesoro de arte y de honores, trae la inspiración latina *Virtuti et mente*. La Revolución, que también sabe premiar la virtud y el mérito, prepara otro collar para el héroe de la Paz, hecho de materiales indígenas: un collar de *ixtle*.

¿Cuál será mejor para el augusto cuello?

Dice Peña, el tiranuelo de la Argentina: América para la humanidad, no tiene ninguna significación agresiva para el gobierno de los Estados Unidos.

Fácil es creerlo. América para la humanidad es tan solo una frasecilla efectista para tapar las masacres, las deportaciones y encarcelamientos humanitaristas de Buenos Aires.

Juan de los Ríos, un joven periodista chileno que se permitió la audacia de escribir en México un artículo criticando a Taft, fue cogido a media noche por la policía y conducido fuera de la República.

Esto es un cumplimiento de reciprocidad y nada más. Cuando el célebre Magón era gobernador de Cuba, encarceló en la Habana al periodista obrero Saavedra por haber escrito irrespetuosamente sobre el dictador Díaz.

¡Oh! Fuerza del internacionalismo autoritario.

Para cuando se formalice, exclaman los que tienen delirio del fracaso, para cuando sea una cosa segura, haré esto y aquello. Y se quedan tan frescos haciendo el papel de críticos de los que luchan, esperando que los trabajos por alcanzar la libertad se

formalicen, de tal manera que ya no tengan ellos otra cosa que hacer que abrir la boca para saborearla.

Los burgueses franceses, de las minas de El Boleo, en la Baja California, explotan y azotan a los obreros mexicanos a su antojo, y éstos, por falta de elementos con qué pagar su pasaje para salir de la península, están viendo morir de hambre a sus hijos.

Pero es fuerza amar la paz, el nuevo Saturno de los patrioteros.

Son esfuerzos inútiles, son sacrificios estériles. No os mováis, quietos. Eso es; así está bien, bípedos amaestrados; comeos vuestras amarguras con el pan de la mansedumbre, que al fin no moriréis hartos.

Se anuncia el próximo reconocimiento del gobierno de Juan Estrada, por el de la Casa Blanca, como si hubiera menester de las aparatosas declaraciones diplomáticas para saber que Estrada es el instrumento de la política de Taft, en Centroamérica.

Ahora es Bonilla el que hace la guerra a Dávila en Honduras. Las multitudes siguen con más facilidad a las ambiciones que las sacrifican, que a los principios que las emancipan.

Hace un año que una descendiente de Hidalgo murió de hambre en México, donde hay tal sentimentalismo patriótico que se permite al gobierno gastar millones en hacer dignamente la fiesta del Centenario y excluir de los parajes aristocráticos a todos los que se muestran reacios a gastar lujos.

Hoy el gobierno de Michoacán acaba de pensionar a Soledad Rábago Hidalgo y Costilla, con la suma de... tres centavos diarios.

De la Huasteca Potosina y de Yucatán, se siguen arrancando numerosas personas acusadas de sospechosas de participación o simpatía con la Revolución; los cuarteles y las cárceles se están llenando literalmente.

La tiranía es el mejor propagandista de la rebelión; facilita el campo a los organizadores. ¡Adelante!

Las tropas de guarnición en la frontera, compuestas por los elementos más leales al tirano, merman continuamente por las deserciones. Los soldados aprovechan todas las oportunidades para tirar lejos de sí los infamantes uniformes y las armas populicidas.

En los Estados del centro, la cosa tiene mejor aspecto. No hace mucho procesaron a un coronel porque en tres días de maniobras en las orillas de Querétaro, le abandonaron más de 80 soldados.

Las 60 mil bayonetas, pesadilla de los cobardes se vuelven humo.

La palabra, como medio para unificar las tendencias. La acción, como medio para restablecer los principios en la vida práctica.

América tiene ya otra Siberia, a más de Yucatán, y es la tierra del fuego; lugar escogido por los bárbaros de la Argentina para deportar a los obreros conscientes.

Al espectáculo repugnante de la mujer-gendarme, se da el nombre de feminismo; siendo ese deplorable hombrunamiento lo contrario de la idea que expresa ese vocablo moderno.

El derecho a vivir es el primero de todos los derechos. Para apreciarlo y defenderIo basta la jurisprudencia de la propia conciencia.

* * *

El poeta-gendarme, vergüenza de Veracruz, sigue desarrollando sus aptitudes de esbirro en la Cámara de Diputados con mejor éxito que en las montañas, donde tan mal le fue.

Díaz Mirón atacó duramente a los antirreeleccionistas que pidieron la anulación de las elecciones a los representantes de la dictadura que hizo el fraude en ellas.

Las letras nacionales se honran con nuestra policía intelectual.

Después de Bahía Magdalena, El Chamizal y los inolvidables fondos piadosos, el Valle Imperial de la Baja California viene rodando sobre el tapete de los tratados amistosos.

Varios burgueses yanquis entre los que figura el famoso general Otis (el de la Mula de Manila) piden que el Delta del Colorado con una faja de terreno de 100 millas de largo por 10 de ancho, pase a poder de los Estados Unidos. Ellos creen que México (léase Porfirio Díaz) aceptará gustoso el arreglo, puesto que él ha regalado gran parte de esas tierras a varios periodistas yanquis que le defienden.

El asunto se tratará en la próxima sesión del Congreso y un diario de Los Ángeles dice que esto dará a los Estados Unidos otro puerto en el Golfo de California. ¿Será el otro Topolobampo, o para llamarle propiamente *Port l' tilwell*?

Pero nuestros grandes pacifistas no quieren que nadie se muera para que las naciones extranjeras no se imaginen que somos salvajes.

La libertad no es la prerrogativa de escoger amo; es la imposibilidad del amo.

La sociedad antiesclavista de Londres, se propone abrir una campaña sistemática y formal contra la esclavitud de Yucatán y en general contra el despotismo porfirista. Cuenta con numerosos escritores avanzados en Europa y América.

Y Díaz seguirá gastando millones en policía extranjera, y escritores venales. Y los mexicanos, sumisos, seguirán llenándole la caja.

¿Que tenéis miedo? Y bien, ¿acaso hay hombre que no lo tenga? Lo que se necesita es hacerse superior a él y no ponerlo sobre nosotros como el primer déspota.

Cierta clase de yanquis tratan de enseñar historia a los niños de Estados Unidos, pintándoles a Porfirio Díaz superior a Washington y Lincoln.

La porfirización de las escuelas merece el Premio Nobel.

Amar la vida cuando se sacrifica diariamente para satisfacer la avaricia, el orgullo y la lujuria de los déspotas, es el más necio de los amores.

Las fiestas del Centenario estuvieron espléndidas. No faltó nada al colorido principesco del que habla *El Imparcial*. Aquello fue una Rusia aristocrática con cargas de caballería en las calles, sablazos y prisiones.

Por desgracia, esto último sólo fue obra de un jefe de policía, si hemos de creer a los periodistas hábiles que siempre hallan disculpas para no indignarse contra el tirano.

Es muy fácil suplantar un ídolo en la conciencia de los idólatras; no así destruir la idolatría. Por eso los suplantadores tienen mejor suerte que los reformadores.

La pereza se contenta con ser agradecida; si cada quien pusiera su parte en la conquista de la libertad general, nadie tendría la vergüenza de agradecer.

Hay gentes que se creen humilladas si no devuelven la copa que les ofrece el vecino o el amigo, y aceptan sin ruborizarse el bienestar y la libertad que otros preparan sacrificando hasta la vida.

* * *

Según *El Constitucional*, órgano del Centro antirreeleccionista de México, en España están azotando dos calamidades: los obreros y los temporales. Con el criterio de ese amigo de los oprimidos vamos a considerar calamidades nacionales a los insurgentes que lucharon once años por la libertad de México, y hasta a los mismos antireeleccionistas de buena fe que ahora trabajan para derrocar a Porfirio Díaz no escaparían al mote de calamidades.

"¡Tierra!", fue el grito que salvó a Colón. ¡Tierra! es el grito que salvará a los esclavos del Capital.

Para desplumar a los huastecos y emplumar a los mexicanos, se gastó una bonita suma, y otra más hermosa todavía se gastó en iluminaciones.

La compensación vendrá. Cuando los descamisados hagan su fiesta ya pondrán luminarias en los palacios de sus opresores.

Si sentís deseos de inclinaros ante un déspota, hacedlo, pero levantad una piedra para terminar dignamente el saludo.

Que al retrógrado y conservador Polavieja le hayan aplaudido en México, no asombra. Polavieja ha tenido dos acciones brillantes en su traída del gran Cordón de Carlos III al tirano Díaz; justo era que le aplaudieran los que han aplaudido a Bernardo Reyes, asesino de Ramírez Terrón y antes de la matanza de Monterrey.

Matarse por un candidato es una tontería. ¿Comprenderán esto los que quieren solamente cambiar de amos?

A Canalejas, el Primer Ministro de España, le está sucediendo lo que a la manzana buena en el cesto de las podridas, pues parece que ya busca transacciones con el vaticanismo enemigo de los libertarios.

Derechos escritos, nada más escritos, son burlas al pueblo, momificados en las constituciones.

La organización obrera entre los compañeros españoles está progresando rápidamente a despecho del fanatismo y los estados de sitio. Pronto la España trabajadora, la España libre, será más grande que la España conquistadora.

Instruir al cerebro es hacer efectivo el golpe del brazo. Armar el brazo, es dar fuerza a las concepciones del cerebro.

El zar Nicolás ha fracasado en su propósito de extraditar al revolucionario ruso Julio Wezozoll, acusándolo de robo a un banco del gobierno, en Tiflis. La Liga de Defensa de Refugiados Políticos ha obtenido otra victoria; pero el tirano de Rusia, siguiendo las técnicas de Díaz, quiere que se castigue aquí a Wezozoll por el delito de haber traído a este país, para los trabajos de propaganda, una parte del dinero confiscado por los revolucionarios.

Libertarios de todas las razas, el compañero Wezozoll, necesita nuestra solidaridad. El enemigo es común.

La libertad no es diosa que pide adoración, ni hada que regala dones a quienes la invocan con palabras melosas; es una necesidad que los seres dignos y conscientes procuran satisfacer poniendo en juego el cerebro y el músculo.

Habla *El Imparcial* de un acontecimiento de verdadera importancia: la visita a la frontera mexicana del Presidente don Manuel Estrada Cabrera, déspota repugnante y feroz. Habrá los inevitables festejos para que se divierta el asesino de Ramón Corona y el matador de Barillas. ¿Quién pagará? Los pueblos pasivos.

Vivir para ser libres, o morir para dejar de ser esclavos.

La unión para obedecer y respetar a los verdugos ha traído a los hombres la opresión y la miseria; la unión en la desobediencia y en la acción irrespetuosa dará a los esclavos el pan y la Libertad.

Manos iconoclastas lanzaron piedras a las ventanas de la casa del Dictador, rompiendo los vidrios.

Ahora fueron vidrios; mañana, serán coronas y cruces y galones los que caerán hechos pedazos.

¿Qué no podéis ser leones? Bueno. Sed simplemente hombres.

¿Teméis a la Revolución? Renunciad a la injusticia y el miedo se acabará en vosotros.

* * *

En los tiempos que corren se humaniza cuando se cambia el instrumento de tortura.

El ejército progresa, clama *El Imparcial*, tenemos fusil automático superior al de los ejércitos europeos, acaba de inaugurar-

se la fábrica de pólvora sin humo, y en cuanto a disciplina los soldados de la tiranía hacen diarios progresos.

¿Pruebas? Zacatelco Penzacola.

Este mundo es un Valle de lágrimas o mejor dicho un Icamole perpetuo para ciertos integrantes de la prensa.

Las persecuciones siguen tenaces desatando hogares en Tlaxcala, Campeche, Yucatán y San Luis. Como si la tiranía estuviera cansada de vivir, se empeña en precipitar la revolución que ha de darle la muerte.

La pequeñez aparente del astro se debe a la debilidad de nuestra vista.

La burguesía de México quedó tan contenta con el baile que le obsequió al dictador, que ha pedido graciosamente el Bis, que costará otro medio millón de pesos.

Otras gentes piden –ya eso de pedir es manía crónica en México–, la repetición del paseo de los huehuenches, que también se llevará otra cantidad regular en caso de acudir el gobierno a la súplica de los admiradores de los carnavales septembrinos.

Las plumas huastecas son caras. Resultaría más barato el paseíto adornado con las muchas y relativamente baratas plumas de escritores mercenarios, que abundan en todo el país, y sobre todo, sería verdaderamente histórico.

La Justicia no se compra ni se pide de limosna; si no existe, se hace.

La Cámara de Diputados declaró bien electos por seis años más a Porfirio Díaz y a Ramón Corral.

Está demostrada la eficacia de los medios pacíficos para destruir tiranías cimentadas y engreídas con la fuerza.

Los triunfos morales no bastan para emancipar a un pueblo, como las comidas espirituales no alimentan ningún cuerpo.

Portugal está en abierta rebelión: los republicanos dominan prácticamente en Lisboa. Es posible que en España se declare también la revolución con tendencias libertarias.

Turquía y Persia echarán abajo a sus viejas tiranías. España y Portugal se disponen a librarse de las suyas. ¿Querrán los mexicanos pasivos conservar lo que tanto han tenido encima, para ser el único ejemplo de pueblo abyecto?

No se sabe por qué aplaudieron en México a Polavieja, si por los relumbrones que traía en el pecho, por ser el portador de una

condecoración para el tirano y del vestido de Morelos, o por la parte que tuvo en el asesinato de Rizal.

Los mismos que condenan como desleales a los obreros, que se rebelan contra los amos y que piden cárcel para los que cometen algún pequeño robo moralizan a la sociedad ofreciendo premios a los delatores y a los traidores.

Habláis de amor a los hijos mientras vuestra pasividad les prepara una vida de esclavitud. Algún día ellos bendecirán vuestro amor, cuando se vean tratados como bestias.

Para algunos espíritus sensibles, es más doloroso y bárbaro que perezcan mil hombres en la revolución, que vivan y mueran millones de hombres, mujeres y niños en la cárcel y en la explotación.

El látigo que un día azota la espalda de un compañero, puede otro día despellejar la nuestra.

La solidaridad con los demás, es la protección de nosotros mismos.

Por la fisonomía del tirano se saca la filiación del pueblo que le obedece.

***

No sesenta, sino más de cien trabajadores perecieron en la última explosión de Las Esperanzas.

Las viudas y los huérfanos, que empezaban a importunar a la compañía culpable de la catástrofe, fueron arrojados fuera del campo, sin más recursos que su abundante miseria.

Es más cuerdo sacrificarlo todo y perecer como una miserable rata para enriquecer a los amos que arriesgar la vida para alcanzar la libertad y con ella el bienestar cierto, ¿no es así sensatos pasivos?

Hacer mil esfuerzos diarios para beneficio de un holgazán es obrar cuerdamente; hacer uno solo en la vida para contribuir al bienestar general es una locura.

Es la época de los juramentos: los esbirros juran; los periodistas juran; a los niños se les hace jurar también; pero como decía Esquilo: el hombre es el que nos hace creer el juramento y no el juramento al hombre. Donde se usa el juramento es donde se abusa de la mentira.

¿Quién es más responsable, el tirano que oprime al pueblo o el pueblo que lo produjo?

Algunos periódicos independientes aseguran que nuestro bien disciplinado Ejército no es capaz de olvidar sus deberes para entrar en complots libertadores. Niego: hay muchos oficiales y generales que se mezclan en ellos para traicionarlos y dar lustre a sus méritos militares.

El general Mass, que asesinó al ingeniero Olivares, acaba de obtener su libertad absoluta después de haber cumplido una sentencia de unos cuantos meses de cómodo encierro y sigue desempeñando altas funciones en el Ejército.

No hace mucho tiempo que el gobierno condenó a quince y veinte años de presidio en San Juan de Ulúa a varios hombres que no asesinaron a nadie, pero que cometieron el feo delito de pensar en la libertad; y cuando cumplan su condena se hallarán por *ukase* de la tiranía privados de sus derechos de ciudadanos por el resto de su vida.

Ésa es justicia pacificadora.

Los delegados de nueve millones de socialistas internacionales se reunieron en Copenhague recientemente y aprobaron el empleo de la acción violenta para impedir las guerras.

Guerra no quiere decir revolución; a ésta no se opondrán los socialistas que ven en ella un medio de los oprimidos para librarse de sus tiranos.

La revolución con todo y sus violencias acabará con la posibilidad de las guerras.

Valeriano Weyler, el feroz verdugo español, dijo que si el pueblo de Barcelona hacía algunas demostraciones revolucionarias no se necesitarían hospitales sino cementerios.

No olviden los revolucionarios españoles la frase, y cuando el tiempo llegue no busquen hospitales para la tiranía; simplemente cementerios.

Hay muchos impacientes por la hora de la libertad, pero ¿cuántos trabajan por acercarla?

Todavía la naturaleza no produce árboles que den frutos de justicia y de bienestar. Sembremos y cultivemos.

Acompañad la acción al deseo y tendréis probabilidades ciertas de satisfacerlo.

Un individuo manso podrá ser mártir pero nunca libertador.

* * *

Los fermentos revolucionarios en Yucatán crecen a pesar del fusilamiento de Kankum, Albertos y Ramírez Bonilla. En un solo pueblo del Estado, en Acanceh, han estallado en un corto número de días más de quince bombas; en Seyé han sido arrojadas otras, lo mismo que en Tekit y otros lugares. Los asaltos de los pequeños grupos rebeldes sobre las fuerzas de la tiranía se repiten con frecuencia.

Habrá quizá más fusilamientos, más consignaciones al ejército, más encarcelamientos, más persecuciones, y con todo ello la revolución será más potente, más audaz, más inexorable.

Vengan los horrores de la represión; el miedo se acaba, la rebeldía contestará con la acción.

Los cigarreros de Tampa testifican que se hallan en el clásico país de las libertades, pues han visto que los burgueses las tienen que linchar a los huelguistas.

En interesante sesión se presentó en la Cámara de Diputados de Porfirio Díaz, una interesante iniciativa: el aumento de sueldo para el tirano y sus principales adláteres, porque su posición social y el estado bonancible del tesoro público lo exigen.

Sobran esas farsas de rateros, después de estar robando al pueblo desde hace tantos años.

Corre la noticia de que Santanón ha sido muerto por la décima vez a manos de los heroicos bandidos de la policía rural.

Lástima que esos laureles no sean para la frente del poeta esbirro Díaz Mirón.

Enrique Creel está orgullosísimo con la cruz de Isabel la Católica que le regaló el reyezuelo Alfonso, porque no hubo en Europa quien quisiera aceptarla. La cruz es la misma que el alcalde de Cherburgo, M. Mathieu, devolvió al asesino de Ferrer. Buena cruz para buen señor.

Hamilton Holt, editor de *The Independent*, quien acaba de regresar de un viaje a México, donde fue muy agasajado por el tirano, publica un artículo encomiástico para Díaz, en el cual se aporrean la lógica y los hechos dentro de la burbuja de la alabanza, dejando después de todo afirmados los conceptos de México Bárbaro que Holt tacha de mendaces. Allá van al-

gunas frases de muestra: Al presente, Díaz gobierna con todo el formalismo y ceremonia de un monarca europeo. Nuestra audiencia con él tuvo todas las formalidades y etiquetas de una audiencia con el zar o el Papa. Domina en el Congreso y los tribunales hacen lo que a él le place. Sus oponentes son encarcelados y la prensa amordazada. Pero a pesar de abusos que nosotros no toleraríamos ni un minuto en los Estados Unidos, México está bien gobernado y la propiedad y la vida del hombre que sólo se ocupa de sus negocios están tan seguras allá como en cualquier otra parte.

Con defensores como éste logrará el tirano de México recuperar su prestigio; cuando menos esa es su esperanza.

Ciento sesenta presos políticos llevados de Yucatán a la prisión militar de Santiago Tlatelolco están en horribles condiciones de miseria y maltrato. La pésima alimentación del presidio se les da a menos de media ración; muchos están pereciendo de inanición y es tal su debilidad que los esbirros tienen que levantarlos de los brazos y llevarlos en vilo cuando quieren que comparezcan a declarar.

Hay que trabajar, trabajar duro y constante para que terminen los horrores de la paz que tanto aman los corderos y sus pastores.

Canalejas, el dizque liberal Ministro de Alfonso XIII y último, ha perdido con el agua fuerte del poder sus apariencias de medio civilizado. No es más que un inquisidor tan bruto como Maura, según declaración propia.

Que los pueblos aprendan con este otro ejemplo a despreciar a los farsantes arribistas como Canalejas.

Los burgueses de Tampa quieren llevar rompe-huelgas para vencer a los tabaqueros huelguistas, a los cuales les han infligido ya muchos y sangrientos atropellos.

Si alguien va a Tampa que vaya a enseñar su solidaridad a los compañeros; que vaya a decir a los asesinos de Figarrota y Albano que al proletariado consciente no se le mata impunemente con el salvaje linchamiento.

El gobierno de Washington, hermanado con los frailes, sentencia a veinte años de presidio a los revolucionarios filipinos. ¿Cuál es la garantía de los tagalos al tener en vez de un capitán general español un gobernador *yankee*?

La libertad no se alcanza llevando puesto el freno de la legalidad. Cada libertador ha sido un ilegal; cada progreso de la civilización un atentado contra las leyes consagradas por el conservatismo enemigo del adelanto.

Respetad el orden existente, someteos a las leyes que lo hacen inviolable para los cobardes y seréis eternamente esclavos.

Sembrad una pequeña simiente de rebeldía y determinaréis una cosecha de libertades.

La tiranía no es el crimen de los déspotas contra los pueblos, es el crimen de las colectividades contra ellas mismas.

Proletario, ¿qué es tu vida que la amas tanto, que la cuidas del viento revolucionario y la metes gustoso en el molino de la explotación?

Para luchar por la libertad no hacen falta odios. Sin odio se abren los túneles, sin odio se ponen diques a los ríos, sin odio se hiere la tierra para sembrar el grano, sin odio puede aniquilarse a los despotismos, puede llegarse a la acción más violenta cuando sea necesaria para la emancipación humana.

La pasividad y la mansedumbre no implican bondad, como la rebeldía no significa tampoco salvajismo.

* * *

Yucatán marcha; es inútil ya la presión de las tropas federales y de los esbirros del gobernador Muñoz Arístegui, para detener las manifestaciones del descontento. Al atravesar los parajes públicos el cacique ha sido saludado por el pueblo y los estudiantes con silbidos y mueras, que no pudo reprimir ni castigar porque le falta fuerza y le sobra miedo frente a la revolución que se precipita.

Centenares de compañeros yucatecos se pudren en Ulúa, en Belén y en Santiago Tlatelolco, pero Yucatán marcha a las reivindicaciones.

La ley fuga está en diaria aplicación despoblando a Veracruz, sacrificando a muchachos como Ezequiel Padrón, que apenas vuelto de Yucatán, a donde le enviaron las autoridades por rivalidades amorosas, lo aprehendieron y fusilaron infamemente en El Paso de Santa Ana.

Paternal despotismo es ése que mata con la sencillísima ley fuga a niños de quince años.

Los trabajadores de Lisboa no han tardado en desengañarse del beneficio negativo que traen para el pueblo las revoluciones puramente políticas y de la necedad de exponer la piel por echarse a cuestas un Teófilo Braga en lugar de un Manuel II. Los soldados del golpe de Estado, que no fue otra cosa más que el último movimiento portugués, desempeñan maravillosamente el papel de esquiroles en las huelgas de los obreros, y en defensa de los nuevos mandarines emplean sus armas contra el pueblo, como antes las empleaban en defensa de los Braganza.

Que aprendan algo del caso de Portugal los que se imaginan que poniendo en otras manos el azote que los fustiga conseguirán la libertad.

Explosión de gas, debido quizá a un intencional descuido del dueño de *Los Angeles Times*, se ha probado que fue la causa de la destrucción de la planta de ese indecente libelo. La maliciosa teoría dinamitera de Harrison Gray Otis, para perseguir a los trabajadores unionistas y envolver en la trama a los enemigos de su amigo, el tirano Díaz, se ha desvanecido en el ridículo a pesar de los recursos inquisitoriales que se han empleado con pobres mujeres para forjar pruebas legales.

Bien deseará Otis que se repita la experiencia, porque como quiera, el negocio le ha dejado buenas ganancias, y al fin las víctimas son trabajadores.

El Imparcial no puede ocultar los signos manifiestos del desquiciamiento que se acerca; en su edición del 27 de octubre es noticia la fuga de un piquete de soldados del Batallón Zaragoza, en Puebla. Los soldados, que formaban la guardia, acompañados del cabo de la misma, se llevaron no sólo las armas que portaban sino también las espadas de un subteniente y del capitán de vigilancia.

Confíen en su ejército de forzados los tiranos de México; su confianza es tan legítima como su legítimo despotismo.

Semilla fecunda es la semilla imparcialesca; buena para enriquecer a los cultivadores de desvergüenzas.

San Antonio, Texas, cuenta ya con un Reyes Spíndola, que ciertamente no escribe pero que alquila escribidores mientras

se dedica a defender los intereses de los mexicanos, vendiendo marihuana, y prohijando estupideces tan sucias como sus combinaciones de traficante.

Semilla imparcialesca; semilla fecunda; buena para enriquecer a los gusanos de la ignominia.

El gobierno de Yucatán necesita diputados para su congreso de mulos. En la península ya no hay hombres que quieran entrar a esa cuadra.

Imaginaos un tigre, un lobo, una fiera cualesquiera, rabiosa o hambrienta, atacando a vuestros compañeros y amenazando vuestra propia vida. Supongo en vosotros algunos sentimientos humanitarios, cierto valor y serenidad de ánimo y a vuestro alcance un arma. ¿Qué harías para evitar los daños de la fiera? ¿Escogerías la súplica, la prédica moralizadora, la amenaza con los juicios de la historia; argumentos incomprensibles para la bestia, o tomarías el arma que mata; argumento lógico, efectivo, para la violencia que ciegamente mata y devora?

Una causa no triunfa por su bondad y su justicia; triunfa por el esfuerzo de sus adeptos.

Detrás de la religión está la tiranía, detrás del ateísmo la libertad.

Hay individuos que se habitúan a la vida de las cárceles. ¿Será cosa extraña, en esta sociedad de la desigualdad consagrada, ver esclavos encariñados con el látigo de sus amos?

Un grupo de hombres tiene que levantar un peso que a todos interesa cambiar, pero la mayor parte abandonan la tarea; se marchan, riendo y murmurando de la poca fuerza de los que quedaron en su puesto con la sobrecarga de lo que tocaba a los otros levantar. La falta nuestra, la culpa ajena.

Muchos hombres dicen que aman a una mujer cuando se desborda en ellos el sentimiento del propietarismo.

Maldecid a los descontentos, vosotros los que amáis la estabilidad del hongo; el descontento es el nervio más poderoso del progreso.

Puede haber agua sin peces y pueblos sin tiranos, pero no puede haber peces sin agua ni tiranos sin pueblos.

Cread un ídolo y os pondréis un yugo.

Los trabajadores no tenemos necesidad de amistades piadosas que nos ofrezcan la salvación a cambio de una presidencia

o una dictadura benignas y paternales; queremos compañeros que luchen con nosotros, conscientes de sus intereses.

* * *

Según *El Imparcial*, las fuentes de la miseria son la embriaguez, la intemperancia, la ausencia del ahorro, el mitin subversivo, los paros y el matrimonio prematuro.

Nuestro aristócratas son borrachos, intemperantes, dilapidadores, amigos de juergas colosales, huelguistas eternos y muy jóvenes tienen tres o cuatro mujeres en vez de una; beben abundantemente en las fuentes imparcialescas y sin embargo no viven en la miseria.

El acaparamiento de las tierras por unos cuantos, el monopolio de los artículos necesarios para la vida, la tiranía, la ignorancia, la cobardía, la infame explotación del hombre por el hombre, las fuentes de la riqueza burguesa son las de la miseria proletaria.

Hay militares de mala fortuna aunque sean generales. Melitón Hurtado es uno de ellos; la primera vez que pretendió lavarse los pies se los quemó, y cuando se dedicó al oficio de delator se puso en ridículo y perdió el aprecio del jefe y las propinas.

El Embajador Wilson dijo que las demostraciones de protesta por el linchamiento de Rock Springs eran una desgracia para el pueblo de México. ¿Querría Wilson que se aplaudiera y se enviara un voto de gracias a los que quemaron vivo a Rodriguez?

Cuarenta y cinco minutos estuvieron los manifestantes del día 10 en posesión de la planta baja del edificio de *El Imparcial*.

Es mucho tiempo para medio quemar unos cuantos papeles. No se necesitaba tanto para tan poco.

Hay gentes que son humanitarias en extremo cuando se trata de una revolución que beneficie al pueblo, pero que olvidan todo escrúpulo cuando se trata de una guerra que sirva a sus ambiciones.

Todavía hay periodistas que se llaman honrados que no entienden o hacen por no entender el título de los artículos de Turner.

La protesta contra la quema de un hombre vivo no pertenece a una nacionalidad, es de todo el género humano.

La brutalidad de los castigos, si acaso los hay, no detendrá los brutales linchamientos; se necesita civilización verdadera, establecida con la educación racional.

En Guadalajara, en México, en Chihuahua, en Piedras Negras y en otros lugares hubo manifestaciones antilinchadoras; muy lógicas y naturales, pero que han sorprendido a muchos acostumbrados a ver al pueblo mexicano recibiendo sin protesta todas las humillaciones y las vergüenzas.

Está de moda en los partidos personalistas llamarse partidos del porvenir, y, sin quererlo profetizan. Tiene partido el porvenir, porque cada día son menos las que pasan las ruedas del molino.

Tenemos hambre y sed de justicia, se oye por todas partes; pero ¿cuántos de esos hambrientos se atreven a tomar el pan y cuántos de esos sedientos se arriesgan a beber el agua que está en el camino de la revolución?

Si os parece que andando no llegáis a la libertad, corred entonces.

Si no podéis ser espada, sed relámpago.

Rudolf Rocker

El poder contra la cultura[1]

TODO PODER SUPONE alguna forma de esclavitud humana, pues la división de la sociedad en clases superiores e inferiores es una de las primeras condiciones de su existencia. La separación de los hombres en castas, estamentos y clases, que emana de toda estructura de poder, corresponde a una necesidad interna para separar del pueblo a los privilegiados, y las leyendas y tradiciones procuran alimentar y ahondar en las concepciones de los hombres la creencia en la ineludibilidad de esa separación. Un poder joven puede poner fin al dominio de viejas clases privilegiadas, pero sólo si suscita simultáneamente una nueva casta privilegiada, necesaria para la ejecución de sus planes. Así los fundadores de la llamada "dictadura del proletariado" en Rusia hubieron de dar vida a la comisariocracia, que se aparta de las grandes masas de la población laboriosa lo mismo que las clases privilegiadas de la población de cualquier país.

Ya Platón, que quería hacer coincidir, en interés del Estado, el sentimiento psíquico del individuo con un concepto de la virtud establecido por el gobierno, haciendo derivar toda moral de la política, siendo con ello el primero en crear las condiciones espirituales de la llamada razón de Estado, había comprendido que la división de clases era una necesidad interior para la existencia del Estado. Por esta razón hizo de la pertenencia a uno de esos tres estamentos en que había de asentar su institución estatal, un problema del destino, en el cual el individuo carecía de toda influencia. Pero para inculcar en los seres humanos la fe en su destino natural, tiene que servirse el estadista de un engaño saludable, diciéndoles: para aquéllos de vosotros destinados

[1] Capítulo 4 del libro primero de *Nacionalismo y Cultura*, publicado en 1942, en Buenos Aires, por editorial Tupac.

a ejercer el poder, mezcló el Dios creador oro en la substancia productora; por eso su valor es el más precioso; pero mezcló plata para los auxiliares de aquéllos, y hierro y bronce para los campesinos y otros artesanos. A la pregunta sobre cómo podría infundirse a los ciudadanos la fe en ese engaño, dice la respuesta: El persuadirles a ellos mismos de eso lo tengo por imposible, pero no es imposible hacer creer la fábula a sus hijos y descendientes y a todas las generaciones sucesivas[2].

Aquí se determina el destino del hombre, pues de la mezcla que ha recibido de Dios, depende el que haya de ser en la vida amo o siervo. Hacer ahondar esa creencia en un destino inevitable en la imaginación del hombre y darle la consagración mística de una convicción religiosa, fue, hasta hoy, el objetivo primordial de toda política de dominio.

Como el Estado aspira a obstruir dentro de sus límites toda nivelación social de sus súbditos y eternizar la escisión entre ellos por la estructuración en clases y castas, tiene también que procurar aislarse hacia fuera de los otros Estados e infundir a sus ciudadanos la fe en su superioridad nacional frente a todos los demás pueblos. Platón, el único pensador griego en quien se manifiesta bastante claramente la idea de una unidad nacional de todos los helenos, se sintió también exclusivamente griego y trató con evidente desprecio a los bárbaros. La idea de que se les pudiera equiparar o tan sólo aproximar a los helenos, le pareció tan ridícula como inconcebible. Por esa razón quiso ver realizados por extranjeros y por esclavos todos los trabajos pesados y humillantes en su Estado ideal. No sólo lo consideró una ventaja para la casta helénica de los señores, sino también un beneficio para los esclavos mismos, los cuales, según su interpretación, tenían que considerar como un signo favorable del destino el servir precisamente a los griegos, si estaban ya predestinados a realizar los trabajos inferiores de un esclavo.

Aristóteles ha concebido más claramente aún la noción del destino natural del hombre. También para él había pueblos y clases destinados por la naturaleza a ejecutar los trabajos inferiores. A ellos pertenecían, ante todo, los bárbaros y los no griegos. Hizo una distinción, es verdad, entre esclavos por naturaleza y esclavos por ley, entendiendo por los primeros aquéllos

[2] Platón: *La República*, tercer libro.

que, a causa de su falta espiritual de independencia, han sido destinados por la naturaleza a obedecer a los otros, mientras que califica de esclavos por ley a los que han perdido su libertad por la prisión en la guerra. Pero en ambos casos el esclavo es para él sólo una máquina viviente, y como tal una parte de su señor. Según los principios que defiende Aristóteles en su *Política*, la esclavitud es beneficiosa para el dominador y para el dominado, porque la naturaleza ha dado a uno capacidades superiores, al otro sólo la fuerza bruta del animal, con lo cual resulta por sí mismo el papel del amo y el del esclavo.

Para Aristóteles el hombre era un creador del Estado, llamado por toda su naturaleza a ser ciudadano bajo un gobierno. Sólo por ese motivo condenaba el suicidio, pues negaba al individuo el derecho a privar de su persona al Estado. Aunque Aristóteles juzgó bastante desfavorablemente el Estado ideal de Platón, y calificó especialmente la comunidad de bienes a los que éste aspiraba como contraria a las leyes de la naturaleza. El Estado en sí y por sí era, para él, a pesar de todo, el centro en torno del cual giraba la existencia terrestre. Y como, igual que Platón, opinaba que la dirección de los asuntos del Estado debía estar siempre en manos de una pequeña minoría de hombres selectos, destinados por la naturaleza misma para ese oficio, tuvo necesariamente que justificar el privilegio de los elegidos en base a la supuesta inferioridad de las grandes masas del pueblo, y atribuir esa situación al poder férreo del proceso natural. Pero en esas nociones arraiga, en última instancia, la justificación moral de toda tiranía. En cuanto se ha llegado hasta a escindir a los propios conciudadanos en una masa espiritualmente inferior y en una minoría destinada por la naturaleza misma para una labor creadora, se deduce de ello, por propio peso, la creencia en la existencia de pueblos inferiores y selectos, particularmente cuando los selectos pueden sacar provecho del trabajo esclavizado de los inferiores y eludir así la preocupación por la propia existencia.

Y sin embargo la creencia en las supuestas capacidades creadoras del poder se basa en un cruel autoengaño, pues el poder como tal no crea nada y está completamente a merced de la actividad creadora de los súbditos para poder tan sólo existir. Nada es más engañoso que reconocer en el Estado el verdadero creador del proceso cultural, como ocurre casi siem-

pre, por desgracia. Precisamente lo contrario es verdad: el Estado fue desde el comienzo la energía paralizadora que estuvo con manifiesta hostilidad frente al desarrollo de toda forma superior de cultura. Los Estados no crean ninguna cultura; en cambio sucumben a menudo a formas superiores de cultura. Poder y cultura, en el más profundo sentido, son contradicciones insuperables; la fuerza de la una va siempre mano a mano con la debilidad de la otra. Un poderoso aparato de Estado es el mayor obstáculo a todo desenvolvimiento cultural. Allí donde mueren los Estados o es restringido a un mínimo su poder, es donde mejor prospera la cultura.

Ese pensamiento parece desmedido a muchos porque nos ha sido completamente falseada, por un mentido adiestramiento instructivo, la visión profunda de las verdaderas causas del proceso cultural. Para conservar el Estado, se nos ha atiborrado el cerebro con una gran cantidad de falsos conceptos y absurdas nociones, en tal forma que los más no son ya capaces de acercarse sin preconceptos a las cuestiones históricas. Sonreímos ante la simplicidad de los cronistas chinos que sostienen del fabuloso emperador Fu-hi, que ha llevado a sus súbditos el arte de la caza, de la pesca y de la cría de animales; que ha inventado para ellos los primeros instrumentos musicales y les ha enseñado el uso de la escritura. Pero repetimos sin pensar todo lo que nos metieron en la cabeza sobre la cultura de los Faraones, sobre la actividad creadora de los reyes babilónicos o las supuestas hazañas culturales de Alejandro de Macedonia o del viejo Federico, y no sospechamos que todo es mera fábula, urdimbre de mentiras que no contiene ni una chispa de verdad; pero que se nos ha remachado en la cabeza tan a menudo, que se ha convertido para la mayoría en una especie de certidumbre interior.

La cultura no se crea por decreto; se crea a sí misma y surge espontáneamente de las necesidades de los seres humanos y de su cooperación social. Ningún gobernante pudo ordenar a los hombres que formasen las primeras herramientas, que se sirviesen del fuego, que inventasen el telescopio y la máquina de vapor o versificasen *La Ilíada*. Los valores culturales no brotan por indicaciones de instancias superiores, no se dejan imponer por decretos ni vivificar por decisiones de asambleas legislativas. Ni en Egipto, ni en Babilonia, ni en ningún otro

país fue creada la cultura por los potentados de las instituciones políticas de dominio; éstos sólo recibieron una cultura ya existente y desarrollada para ponerla al servicio de sus aspiraciones particulares de gobierno. Pero con ello pusieron el hacha en las raíces de todo desenvolvimiento cultural ulterior, pues en el mismo grado que se afianzó el poder político y sometió todos los dominios de la vida social a su influencia, se operó la petrificación interna de las viejas formas culturales, hasta que, en el área de su anterior círculo de influencia, no pudo volver a brotar usa sola chispa de verdadera vida.

La dominación política aspira siempre a la uniformidad. En su estúpido intento de ordenar y dirigir todo proceso social de acuerdo con determinados principios, procura siempre someter todos los aspectos de la actividad humana a un cartabón único. Con ello incurre en una contradicción insoluble con las fuerzas creadoras del proceso cultural superior, que pugnan siempre por nuevas formas y estructuras, y, en consecuencia, están tan ligadas a lo multiforme y diverso de la aspiración humana como el poder político a los cartabones y formas rígidas. Entre las pretensiones políticas y económicas de dominio de las minorías privilegiadas de la sociedad y la manifestación cultural del pueblo existe siempre una lucha interna, pues ambas presionan en direcciones distintas y no se dejan fusionar nunca voluntariamente; sólo pueden ser agrupadas en una aparente armonía por coacción externa y violación espiritual. Ya el sabio chino Lao-Tse reconoció esa contradicción cuando dijo:

> Dirigir la comunidad es, según la experiencia, imposible; la comunidad es colaboración de fuerzas y, como tal, según el pensamiento, no se deja dirigir por la fuerza de un individuo. Ordenarla es sacarla del orden; fortalecerla es perturbarla. Pues la acción del individuo cambia; aquí va adelante, allí cede; aquí muestra calor, allí frío; aquí emplea la fuerza, allí muestra flojedad: aquí actividad, allí sosiego.
>
> Por tanto, el perfecto evita el placer de mando, evita el atractivo del poder, evita el brillo del poder[3].

[3] Lao-Tse: *Die Bahn und der rechte Weg*, en alemán, por Alexander Ular: Inselbücherei, Leipzig.

También Nietzsche ha concebido en lo más profundo esa verdad, aunque su dislocación interna, su perpetua oscilación entre concepciones autoritarias anticuadas y pensamientos verdaderamente libertarios, le impidieron toda la vida deducir de ella las conclusiones naturales. Sin embargo, lo que ha escrito sobre la decadencia de la cultura en Alemania es de la más expresiva importancia y encuentra su confirmación en la ruina de toda suerte de cultura.

Nadie puede dar más de lo que tiene: esto se aplica al individuo como se aplica a los pueblos. Si se entrega uno al poder, a la gran política, a la economía, al tráfico mundial, al parlamentarismo, a los intereses militares; si se entrega el tanto de razón, de seriedad, de voluntad, de autosuperación que hay hacia ese lado, falta del otro lado. La cultura y el Estado –no hay que engañarse al respecto– son antagónicos: Estado cultural es sólo una idea moderna. Lo uno vive de lo otro, lo uno prospera a costa de lo otro. Todas las grandes épocas de la cultura son tiempos de decadencia política: lo que es grande en el sentido de la cultura, es apolítico, incluso antipolítico[4].

Si el Estado no consigue dentro de la esfera de influencia de su poder encarrilar la acción cultural por determinadas vías adecuadas a sus objetivos, y obstaculizar de esa manera sus formas superiores, precisamente esas formas superiores de la cultura espiritual harán saltar, tarde o temprano, los cuadros políticos que encuentren como trabas en su desarrollo. Pero si el aparato del poder es bastante fuerte para comprimir en determinadas formas, por largo tiempo, la vida cultural, se buscan poco a poco otras salidas, pues la vida cultural no está ligada a ninguna frontera política. Toda forma superior de la cultura, en tanto que no está demasiado obstaculizada por los diques políticos en su desenvolvimiento natural, lleva a una continua renovación de su impulso creador. Toda obra alcanzada despierta la necesidad de mayor perfección y de más honda espiritualización. La cultura es siempre creadora: busca nuevas formas de expresión. Se parece al follaje de la selva tropical, cuyas ramas tocan la tierra y echan sin cesar nuevas raíces.

Pero el poder no es nunca creador: es infecundo. Se aprovecha sencillamente de la fuerza creadora de una cultura existen-

---

[4] Friedrich Nietzsche: *Crepúsculo de los dioses.*

te para encubrir su desnudez, para darse jerarquía. El poder es siempre un elemento negativo en la Historia, que se adorna con plumaje extraño para dar a su impotencia la apariencia de fuerza creadora. También aquí da en el clavo la palabra zarathustriana de Nietzsche:

Donde hay todavía pueblo, no se comprende el Estado y se le odia como el mal de ojo y el pecado contra las costumbres y el derecho. Os doy estos signos: todo pueblo habla su lengua para lo bueno y para lo malo, que no comprende el vecino. Inventó su idioma de costumbres y leyes. Pero el Estado miente en todas las lenguas de lo bueno y de lo malo; y, hable lo que quiera, miente, y, cualquier cosa que tenga, la ha robado. Falso es todo en él; el mordaz muerde con dientes robados. Son falsos incluso sus intestinos.

El poder actúa siempre destructivamente, pues sus representantes están siempre dispuestos a encajar por fuerza todos los fenómenos de la vida social en el cinturón de sus leyes y a reducirlos a una determinada norma. Su forma espiritual de expresión es un dogma muerto; su manifestación física de vida es la violencia brutal. La ausencia de espíritu en sus aspiraciones imprime a la persona de su representante su sello y lo vuelve paulatinamente inferior y brutal, aun cuando tenga por naturaleza los mejores dones. Nada achata el espíritu y el alma de los hombres como la monotonía eterna de la rutina; y el poder sólo es rutina.

Desde que Hobbes ha dado al mundo su obra *De Cive*, las ideas que se expresaron allí no han quedado nunca enteramente fuera de curso. Al correr de los últimos tres siglos han ocupado, en una o en otra forma, el pensamiento de los hombres y hoy dominan los espíritus precisamente más que nunca. El materialista Hobbes no se afirmaba en las doctrinas de la Iglesia, lo que no le impidió, sin embargo, hacer propio su postulado trascendental: el hombre es malo por naturaleza. Todas sus consideraciones filosóficas están inspiradas por ese supuesto. Para él, el hombre era la bestia nata, excitado sólo por instintos egoístas y sin consideración alguna para el prójimo. Tan sólo el Estado puso un fin a esa condición de guerra de todos contra todos y se convirtió así en providencia terrestre, cuya mano ordenadora y punitiva impidió que el hombre cayese

en el abismo de la más desconsoladora bestialización. De ese modo fue el Estado, según Hobbes, el verdadero creador de la cultura; impulsó a los hombres con fuerza férrea a una etapa superior de su existencia, por mucho que repugnara a su naturaleza íntima. Desde entonces se ha repetido incontablemente esa fábula del papel cultural del Estado y se ha confirmado supuestamente con nuevos argumentos.

Y, sin embargo, contradicen esa concepción insostenible todas las experiencias de la Historia. Lo que ha quedado a los seres humanos de bestialidad como herencia de lejanos antepasados, ha sido cuidadosamente atendido y artificialmente fomentado por el Estado a través de todos los siglos. La guerra mundial, con sus espantosos métodos de asesinato en gran escala, las condiciones en la Italia de Mussolini y en el Tercer Reich hitleriano tienen que persuadir hasta a los más ciegos sobre lo que significa el llamado Estado cultural.

Todo conocimiento superior, toda nueva fase de la evolución espiritual, todo pensamiento grandioso que haya abierto a los hombres nuevos horizontes de acción cultural, sólo pudo abrirse paso en lucha permanente contra los poderes de la autoridad eclesiástica y estatal, después que los representantes de esa superación tuvieron que dar testimonio, a través de épocas enteras, de sacrificios enormes en bondad, libertad y vida por sus convicciones. Si tales innovaciones de la vida espiritual fueron, sin embargo, reconocidas al fin por la Iglesia y por el Estado, fue sólo porque con el tiempo se hicieron tan irresistibles que no se pudo hacer otra cosa. Pero incluso ese reconocimiento, que se obtuvo después de una enérgica resistencia, condujo en la mayoría de los casos a una dogmatización sistemática de las nuevas ideas; bajo la tutela sofocadora del poder se volvieron gradualmente éstas tan rígidas como todos los ensayos de creación anteriores.

Ya el hecho de que toda institución de dominio tiene siempre por base la voluntad de minorías privilegiadas, impuesta a los pueblos de arriba abajo por la astucia o la violencia brutal, mientras que en toda fase especial de la cultura sólo se expresa la obra anónima de la comunidad, es significativo de la contradicción interna que existe entre ambas. El poder procede siempre de individuos o de pequeños grupos de individuos; la

cultura arraiga en la comunidad. El poder es el elemento estéril en la sociedad, al cual falta toda fuerza creadora; la cultura encarna la voluntad fecundante, el ímpetu creador, el instinto de realización que buscan el modo de manifestarse. El poder es comparable al hambre, cuya satisfacción conserva en la vida al individuo hasta una determinada edad. La cultura, en el más alto sentido, es como el instinto de reproducción, cuya manifestación conserva la vida de la especie. El individuo muere; la sociedad no. Los Estados sucumben; las culturas sólo cambian el escenario de su actividad y las formas de su expresión.

El Estado sólo se muestra favorable a aquellas formas de acción cultural que favorecen la conservación de su poder; pero persigue con odio irreconciliable toda manifestación cultural que va más allá de las barreras por él trazadas y puede poner en litigio su existencia. Por eso es tan absurdo como engañoso hablar de una cultura de Estado, pues el Estado vive siempre en pie de guerra contra todas las formas superiores de la cultura espiritual y actúa siempre en una dirección que la voluntad creadora de cultura elude forzosamente.

Pero aun cuando el poder y la cultura son polos opuestos en la Historia, los dos tienen, sin embargo, un campo de acción común en la colaboración social de los hombres, y queriéndolo o no, deben entenderse. Cuanto más profundamente cae la acción cultural de los hombres en la órbita del poder, tanto más se pone de manifiesto una petrificación de sus formas, una paralización de su energía creadora, un amortiguamiento de su voluntad de realización. Por otra parte, pasa la cultura social tanto más vigorosamente por sobre todas las barreras políticas de dominio, cuanto menos es contenida en su desenvolvimiento natural por los medios políticos y religiosos de opresión. En este caso se eleva a la condición de peligro inmediato para la existencia misma del poder.

Las energías culturales de la sociedad se rebelan involuntariamente contra la coacción de las instituciones políticas de dominio, en cuyas agudas aristas se hieren, e intentan consciente o inconscientemente romper las formas estáticas que dañan su desarrollo natural y le oponen nuevas trabas. Pero los representantes del poder tienen que preocuparse siempre de que la cultura espiritual de la época no entre por caminos prohibidos que

perturben las aspiraciones de la acción política dominadora y tal vez la paralicen completamente. De esta continua divergencia entre dos tendencias contrapuestas, de las cuales una representa siempre el interés de casta de las minorías privilegiadas y la otra las exigencias de la comunidad, surge gradualmente una cierta relación jurídica, en base a la cual se trazan periódicamente de nuevo, y se confirman mediante constituciones, los límites de las atribuciones entre Estado y sociedad, entre política y economía, en una palabra, entre el poder y la cultura.

Lo que hoy entendemos por Derecho y Constitución es sólo la cristalización espiritual de esa lucha infinita, y se inclina en sus efectos prácticos más a una o a la otra parte, según obtengan el poder o la cultura, en la vida de la sociedad, un predominio temporal. Pues el Estado sin la sociedad, la política sin la economía, el poder sin la cultura no podrían existir un solo momento; por otra parte, la cultura no fue hasta aquí capaz de excluir completamente el principio del poder de la convivencia social de los hombres, y así el derecho se convierte entre ambos en paragolpe que debilita sus choques y preserva a la sociedad de un estado de continuas catástrofes.

En el derecho hay que distinguir ante todo dos formas: "el derecho natural" y el llamado "derecho positivo". Un derecho natural existe donde la sociedad no está aún políticamente estructurada, es decir, donde el Estado no se manifiesta todavía con sus castas y sus clases. En ese caso el derecho es el resultado de un convenio mutuo entre los seres humanos que se encuentran unos frente a otros como libres y como iguales, defienden los mismos intereses y gozan de la misma dignidad como hombres. El derecho positivo se desarrolla tan sólo en los cuadros políticos del Estado y se refiere a los hombres separados por intereses diversos y que pertenecen, a causa de la desigualdad social, a castas o clases distintas.

El derecho positivo se manifiesta cuando se atribuye al Estado –cuyo advenimiento en la historia procede en todas partes de la violencia brutal, de la conquista y de la esclavización de los vencidos– un carácter jurídico, y se trata de alcanzar una nivelación entre los derechos, deberes e intereses de los diversos estamentos sociales. Esa nivelación no existe más que mientras la masa de los dominados se acomoda a la situación jurídica exis-

tente o no se siente todavía bastante fuerte para luchar contra ella. Se modifica cuando es sentida tan urgente y tan irresistiblemente en el pueblo la necesidad de una reordenación de las condiciones jurídicas, que los poderes dominantes –obligados por la necesidad, no por propio impulso– tienen que dar satisfacción a esa necesidad, si no quieren correr el peligro de verse arrojar del trono por una transformación violenta. Si se da este caso, el nuevo gobierno establece la formulación de un nuevo derecho, tanto más progresivo cuanto más fuerte vive y se expresa en el pueblo la voluntad revolucionaria.

En los despotismos asiáticos de la antigüedad, donde todo poder se encarnaba en la persona del señor, cuyas decisiones no eran influidas por intervención alguna de la comunidad, el poder era Derecho en la completa significación de la palabra. Siendo el soberano venerado como descendiente directo de la divinidad, su voluntad era la ley suprema en el país y no consentía ninguna otra pretensión. Así, por ejemplo, el derecho, en el famoso Código de Hammurabi, imita completamente el derecho divino revelado a los hombres por mandamientos sagrados y que, a consecuencia de su origen, no es accesible a las consideraciones humanas.

Ciertamente, los conceptos jurídicos que hallaron su expresión en la legislación de un autócrata tampoco nacieron simplemente del capricho del déspota; estaban bien anudados con viejos ritos y costumbres tradicionales que en el curso de los siglos tomaron carta de ciudadanía entre los hombres y son el resultado de su convivencia social. Tampoco la legislación de Hammurabi constituye una excepción a esta regla, pues todos los principios prácticos surgidos de la vida social del derecho babilónico poseían ya validez en el pueblo mucho antes de que Hammurabi pusiera fin a la dominación de los elamitas y hubiera echado los fundamentos de una monarquía unitaria por la conquista de Larsa y Jamutbal.

Justamente aquí se muestra el doble carácter de la ley, el cual, aun en las condiciones más favorables, no se puede poner en tela de juicio; por un lado la ley establece cierta formulación de las viejas costumbres, que echaron raíces en el pueblo desde la antigüedad como el llamado derecho consuetudinario; por otro, da carácter legal a los privilegios de las castas privilegiadas

de la sociedad que debían ocultar a los ojos de la mayoría su origen profano. Sólo cuando se examina seriamente esa manifiesta mistificación, se comprende la honda fe de los hombres en la santidad de la ley. Ésta adula su sentimiento de la justicia y sella al mismo tiempo su dependencia ante una fuerza superior.

Ese dualismo se revela clarísimamente cuando se ha superado la fase del despotismo absoluto y la comunidad participa más o menos en la elaboración del derecho. Todas las grandes luchas en el seno de la sociedad fueron luchas por el derecho. Los hombres trataron siempre de afianzar en ellas sus nuevos derechos y libertades dentro de las leyes del Estado, lo que, naturalmente, tenía que llevar a nuevas insuficiencias y decepciones. A eso se debe el que hasta ahora la lucha por el derecho se haya convertido en una lucha por el poder, que hizo de los revolucionarios de la víspera los reaccionarios del día siguiente, pues el mal no arraiga en la forma del poder, sino en el poder mismo. Toda especie de poder, cualquiera que sea, tiene la pretensión de reducir al mínimo los derechos de la comunidad para sostener su propia existencia. Por otra parte aspira la sociedad a un ensanchamiento permanente de sus derechos y libertades, que cree conseguir por una restricción de las atribuciones estatales. Esto se evidencia sobre todo en los períodos revolucionarios, cuando los hombres están inspirados por el anhelo de nuevas formas de cultura social.

De ese modo la disidencia entre Estado y sociedad, poder y cultura, es comparable a las oscilaciones de un péndulo, cuyo eje se mueve siempre en una línea recta y de tal manera que se aleja cada vez más de uno de sus dos polos –la autoridad– y pugna lentamente hacia su polo opuesto –la libertad–. Y así como hubo un tiempo en que el poder y el derecho eran una sola cosa, nos dirigimos presumiblemente hacia una época en que toda institución de dominio seguramente desaparecerá, dejando el derecho puesto a la justicia y las libertades a la libertad.

Toda reforma del derecho, por la integración o la ampliación de nuevos o ya existentes derechos y libertades, parte siempre del pueblo, nunca del Estado. Todas las libertades que disfrutamos hoy, más o menos en medida restringida, no las deben los pueblos a la buena voluntad y menos aún al favor especial de sus gobiernos. Al contrario: los dueños del poder público nunca

perdieron la oportunidad de ensayar medios para obstaculizar o hacer ineficaz la aparición de un nuevo derecho. Grandes movimientos colectivos, incluso revoluciones, han sido necesarios para arrancar a los titulares del poder cada ínfima concesión que hicieron y que nunca habrían consentido voluntariamente.

Resulta, pues, una completa negación de los hechos históricos la afirmación que hace un extraviado radicalismo de que los derechos políticos y las libertades cristalizadas en las Constituciones de los diversos Estados no tendrían ninguna significación, porque han sido formulados legalmente y confirmados por los gobiernos mismos. Pero no fueron confirmados porque los representantes del poder viesen con simpatía esos derechos, sino porque fueron forzados por la presión de fuera, porque la cultura espiritual de la época había roto los cuadros políticos en alguna parte y los poderes dominantes debieron inclinarse ante los hechos que en el momento no pudieron pasar por alto.

Derechos y libertades políticas no se conquistan nunca en las corporaciones legislativas, sino que son impuestos a éstas por la presión externa. Pero incluso su sanción legal dista mucho aún de ser una garantía de su consistencia. Los gobiernos están siempre dispuestos a cercenar los derechos existentes o a suprimirlos del todo, si consideran que no han de encontrar resistencia en el país. Ciertamente, tales ensayos resultaron perjudiciales para algunos representantes del poder, cuando no supieron estimar exactamente la fuerza del adversario o no supieron elegir bien el momento oportuno. Carlos I tuvo que pagar su intentona con la vida, otros con la pérdida de su soberanía. Pero esto no ha impedido que se hayan repetido los ensayos en esa dirección. Hasta en aquellos países donde ciertos derechos como, por ejemplo, la libertad de prensa, el derecho de reunión y de asociación, etcétera, han arraigado desde hace muchos decenios en el pueblo, aprovechan los gobiernos toda ocasión oportuna para limitarlos o para darles, por sutilidades jurídicas, otra interpretación. Inglaterra y América nos brindan en este aspecto algunas enseñanzas que pueden incitar a la reflexión. De la famosa Constitución de Weimar, en Alemania, puesta fuera de uso cada día de lluvia, apenas vale la pena hablar.

Derechos y libertades no existen por el hecho de estar legalmente registrados sobre un pedazo de papel; sólo tienen

consistencia cuando se han vuelto para el pueblo una necesidad vital e ineludible, cuando han penetrado, por decirlo así, su carne y su sangre. Y serán respetados únicamente mientras en los pueblos esté viva esa necesidad. Si no es así, de nada valdrá la oposición parlamentaria ni la apelación, por patética que sea, a la Constitución. La reciente historia de Europa es un ejemplo magnífico de ello.

Errico Malatesta

Amor y Anarquía
El problema del amor[1]

Al principio puede parecer extraño que la cuestión del amor y todas las que le son conexas preocupen mucho a un gran número de hombres y de mujeres, mientras hay otros problemas más urgentes, si no más importantes, que debieran acaparar toda la atención y toda la actividad de los que buscan el modo de remediar los males que sufre la humanidad.

Encontramos diariamente gentes aplastadas bajo el peso de las instituciones actuales; gentes obligadas a alimentarse malamente y amenazadas a cada instante de caer en la miseria más profunda por falta de trabajo o a consecuencia de una enfermedad; gentes que se hallan en la imposibilidad de criar convenientemente a sus hijos, que mueren a menudo careciendo de los cuidados necesarios; gentes condenadas a pasar su vida sin ser un solo día dueñas de sí mismas, siempre a merced de los patronos o de la policía; gentes para las cuales el derecho de tener una familia y el derecho de amar es una ironía sangrienta y que, sin embargo, no aceptan los medios que les proponemos para sustraerse a la esclavitud política y económica si antes no sabemos explicarles de qué modo, en una sociedad libertaria, la necesidad de amar hallará su satisfacción y de qué modo comprendemos la organización de la familia. Y, naturalmente, esta preocupación se agranda y hace descuidar y hasta despreciar los demás problemas en personas que tienen resuelto, particularmente, el problema del hambre, y que se hallan en situación normal de poder satisfacer las necesidades más imperiosas porque viven en un ambiente de bienestar relativo.

Este hecho se explica dado el lugar inmenso que ocupa el amor en la vida moral y material del hombre, puesto que en

[1] Texto del capítulo 3, "El problema del amor", del libro *Socialismo y Anarquía*, publicado en Madrid, por la editorial Ayuso, en 1975.

el hogar, en la familia, es donde el hombre gasta la mayor y mejor parte de su vida. Y se explica también por una tendencia hacia el ideal que arrebata al espíritu humano tan pronto como se abre a la conciencia.

Mientras el hombre sufre sin darse cuenta los sufrimientos, sin buscar el remedio y sin rebelarse, vive semejante a los brutos, aceptando la vida tal como la encuentra.

Pero desde que comienza a pensar y a comprender que sus males no se deben a insuperables fatalidades naturales, sino a causas humanas que los hombres pueden destruir, experimenta en seguida una necesidad de perfección y quiere, idealmente al menos, gozar de una sociedad en que reine la armonía absoluta y en que el dolor haya desaparecido por completo y para siempre.

Esta tendencia es muy útil, ya que impulsa a marchar adelante, pero también se vuelve nociva si, con el pretexto de que no se puede alcanzar la perfección y que es imposible suprimir todos los peligros y defectos, nos aconseja descuidar las realizaciones posibles para continuar en el estado actual.

Ahora bien, y digámoslo en seguida, no tenemos ninguna solución para remediar los males que provienen del amor, pues no se pueden destruir con reformas sociales, ni siquiera con un cambio de costumbres. Están determinados por sentimientos profundos, podríamos decir fisiológicos, del hombre, y no son modificables, cuando lo son, sino por una lenta evolución y de un modo que no podemos prever.

Queremos la libertad; queremos que los hombres y las mujeres puedan amarse y unirse libremente sin otro motivo que el amor, sin ninguna violencia legal, económica o física.

Pero la libertad, aun siendo la única solución que podemos y debemos ofrecer, no resuelve radicalmente el problema, dado que el amor, para ser satisfecho, tiene necesidad de dos libertades que concuerden y que a menudo no concuerdan de modo alguno; y dado también que la libertad de hacer lo que se quiere es una frase desprovista de sentido cuando no se sabe querer alguna cosa.

Es muy fácil decir: "Cuando un hombre y una mujer se aman, se unen, y cuando dejan de amarse, se separan". Pero seria necesario, para que este principio se convirtiese en regla general y segura de felicidad, que se amaren y cesaren de amarse ambos al

mismo tiempo. ¿Y si uno ama y no es amado? ¿Y si uno aún ama y el otro ya no le ama y trata de satisfacer una nueva pasión? ¿Y si uno ama a un mismo tiempo varias personas que no pueden adaptarse a esta promiscuidad?

"Yo soy feo –nos decía una vez un amigo–. ¿Qué haré si nadie quiere amarme?" La pregunta mueve a risa, pero también nos deja entrever verdaderas tragedias.

Y otro, preocupado por el mismo problema, decíanos: "Actualmente, si no encuentro el amor, lo compro, aunque tenga que economizar mi pan. ¿Qué haré cuando no haya mujeres que se vendan?" La pregunta es horrible, pues muestra el deseo de que haya seres humanos obligados por el hambre a prostituirse; pero es también terrible... y terriblemente humano.

Algunos dicen que el remedio podría hallarse en la abolición radical de la familia; la abolición de la pareja sexual más o menos estable, reduciendo el amor sólo al acto físico, o por mejor decir, transformándolo, con la unión sexual por añadidura, en un sentimiento parecido a la amistad, que reconozca la multiplicidad, la variedad, la contemporaneidad de afectos.

¿Y los hijos?... Hijos de todos.

¿Puede ser abolida la familia? ¿Es de desear que lo sea?

Hagamos observar antes que nada, que, a pesar del régimen de opresión y de mentira que ha prevalecido y prevalece aún en la familia, ésta ha sido y continúa siendo el más grande factor de desarrollo humano, pues en la familia es donde el hombre normal se sacrifica por el hombre y cumple el bien por el bien, sin desear otra compensación que el amor de la compañera y de los hijos.

Pero, se nos dice, una vez eliminadas las cuestiones de intereses, todos los hombres serán hermanos y se amaran mutuamente.

Ciertamente, no se odiaran; cierto que el sentimiento de simpatía y de solidaridad se desarrollaría mucho y que el interés general de los hombres se convertiría en un factor importante en la determinación de la conducta de cada uno.

Pero esto no es aún el amor. Amar a todo el mundo se parece mucho a no amar a nadie.

Podemos, tal vez socorrer, pero no podemos llorar todas las desgracias, pues nuestra vida se deslizaría entera entre lágrimas y, sin embargo, el llanto de la simpatía es el consuelo más dul-

ce para un corazón que sufre. La estadística de las defunciones y de los nacimientos puede ofrecernos datos interesantes para conocer las necesidades de la sociedad; pero no dice nada a nuestros corazones. Nos es materialmente imposible entristecernos a cada hombre que muere y regocijarnos a cada nacimiento.

Y si no amamos a alguien más vivamente que a los demás; si no hay un solo ser por el cual no estemos particularmente dispuestos a sacrificarnos; si no conocemos otro amor que este amor moderado, vago, casi teórico, que podemos sentir por todos, ¿no resultaría la vida menos rica, menos fecunda, menos bella? ¿No se vería disminuida la naturaleza humana en sus más bellos impulsos? ¿Acaso no nos veríamos privados de los goces más profundos? ¿No seríamos mas desgraciados?

Por lo demás, el amor es lo que es. Cuando se ama fuertemente se siente la necesidad del contacto, de la posesión exclusiva del ser amado.

Los celos, comprendidos en el mejor sentido de la palabra, parecen formar y forman generalmente una sola cosa con el amor. El hecho podrá ser lamentable, pero no puede cambiarse a voluntad, ni siquiera a voluntad del que personalmente los sufre.

Para nosotros el amor es una pasión que engendra por sí misma tragedias. Estas tragedias no se traducirían más, ciertamente, en actos violentos y brutales si el hombre tuviese el sentimiento de respeto a la libertad ajena, si tuviese bastante imperio sobre sí mismo para comprender que no se remedia un mal con otro mayor, y si la opinión publica no fuese, como hoy, tan indulgente con los crímenes pasionales; pero las tragedias no serian por esto menos dolorosas.

Mientras los hombres tengan los sentimientos que tienen –y un cambio en el régimen económico y político de la sociedad no nos parece suficiente para modificarlos por entero–, el amor producirá al mismo tiempo que grandes alegrías, grandes dolores. Se podrá disminuirlos o atenuarlos, con la eliminación de todas las causas que pueden ser eliminadas, pero su destrucción completa es imposible.

¿Es ésta una razón para no aceptar nuestras ideas y querer permanecer en el estado actual? Así se obraría como aquél que no pudiendo comprarse vestidos lujosos prefiriese ir desnudo, o que no pudiendo comer perdices todos los días renunciase al

pan, o como un médico que, dada la impotencia de la ciencia actual ante ciertas enfermedades, se negase a curar las que son curables.

Eliminemos la explotación del hombre por el hombre, combatamos la pretensión brutal del macho que se cree dueño de la hembra, combatamos los prejuicios religiosos, sociales y sexuales, aseguremos a todos, hombres, mujeres y niños, el bienestar y la libertad, propaguemos la instrucción y entonces podremos regocijarnos con razón si no quedan más males que los del amor.

En todo caso, los desgraciados en amor podrán procurarse otros goces, pues no sucederá como hoy, en que el amor y el alcohol constituyen los únicos consuelos de la mayor parte de la humanidad.

Emma Goldman

La mujer libre[1]

El gran defecto de la emancipación en la actualidad estriba en su inflexibilidad artificial y en su respetabilidad estrecha, que produce en el alma de la mujer un vacío que no deja beber de la fuente de la vida. En una ocasión señalé que parece existir una relación más profunda entre la madre y el ama de casa del viejo estilo, aun cuando esté dedicada al cuidado de los pequeños y a procurar la felicidad de los que ama, y la verdadera mujer nueva, que está entre ésta y el término medio de sus hermanas emancipadas. Las discípulas de la emancipación pura y simple pensaron de mí que era una hereje digna de la hoguera. Su ceguera no les dejó ver que mi comparación entre lo viejo y lo nuevo era simplemente para demostrar que un gran numero de nuestras abuelas tenían más sangre en las venas, más humor e ingenio, y, por supuesto, mucha más naturalidad, buen corazón y sencillez, que la mayoría de nuestras profesionales emancipadas, que llenan los colegios, aulas universitarias y oficinas. Con esto no quiero decir que haya que volver al pasado, ni que condene a la mujer a sus antiguos dominios de la cocina y los hijos.

La salvación está en el avance hacia un futuro más brillante y más claro. Necesitamos desprendernos sin trabas de las viejas tradiciones y costumbres, y el movimiento en pro de la emancipación de la mujer no ha dado hasta ahora más que el primer paso en esa dirección. Hay que esperar que se consolide y realice nuevos avances. El derecho al voto y la igualdad de derechos civiles son reivindicaciones justas, pero la verdadera emancipación no comienza ni en las urnas ni en los tribunales, sino en el alma de la mujer. La historia nos cuenta que toda clase oprimi-

[1] Tomado de la antología de Irving Horowitz, *Los Anarquistas*, vol. 1, p. 19, junio de 1990.

da obtuvo la verdadera libertad de sus señores por sus propios esfuerzos. Es preciso que la mujer aprenda esa lección, que se dé cuenta que la libertad llegará donde llegue su capacidad de alcanzarla. Por consiguiente, es mucho más importante que empiece con su regeneración interior, que abandone el lastre de los prejuicios, de las tradiciones y de las costumbres. La exigencia de derechos iguales en todos los aspectos de la vida profesional es muy justa, pero, después de todo, el derecho más importante es el derecho a amar y ser amada. Por supuesto, si la emancipación parcial ha de convertirse en una emancipación completa y autentica de la mujer, deberá acabar con la ridícula pretensión de que ser amada, convertirse en novia y madre, es sinónimo de esclava o subordinada. Tendrá que terminar con el estúpido concepto del dualismo de los sexos, o de que el hombre y la mujer representan dos mundos antagónicos.

La mezquindad separa y la libertad une. Seamos grandes y desprendidas y no olvidemos los asuntos vitales, agobiadas por las pequeñeces. Una idea verdaderamente justa de la relación entre los sexos no admitirá los conceptos de conquistador y conquistada; lo único importante es darse a sí mismo sin límites para encontrarse más rico, más profundo y mejor. Solamente eso puede llenar el vacío y transformar la tragedia de la mujer emancipada en una alegría sin límites.

Matrimonio y amor[1]

Existe un concepto generalizado acerca del matrimonio y el amor, y es que son sinónimos, que surgen por los mismos motivos o causas y cubren las mismas necesidades humanas. Como muchos de los pareceres del sentido común, éste no descansa sobre hechos reales, sino sobre supersticiones.

Matrimonio y amor no tienen nada en común; están tan lejos el uno del otro como los dos polos. Son, en realidad, antagonistas. Sin duda hay algunos matrimonios que han sido resultado del amor. No tanto porque el amor pueda imponerse sólo a través del matrimonio, sino más bien porque son pocos quienes pueden liberarse por completo de la norma establecida. Existe hoy en día un gran número de mujeres y hombres para quienes el matrimonio no es nada más que una absurda comedia a la que se someten en aras de la opinión pública. De cualquier modo, si bien es cierto que algunos matrimonios están basados en el amor, y siendo igualmente cierto que en algunos casos el amor se prolonga en la vida matrimonial, yo sostengo que lo hace a pesar de –y no gracias a– el matrimonio.

Por otro lado, es totalmente falso que el amor sea consecuencia del matrimonio. En alguna rara ocasión llega a nuestros oídos el caso milagroso de una pareja de casados que se enamora después del matrimonio, pero si nos remitimos a una mirada detenida, encontraremos que se trata de una mera adaptación a lo inevitable. Ciertamente el acostumbramiento del uno al otro está muy lejos de la espontaneidad, intensidad y belleza del

[2] Del libro: *Emma Goldman's anarchism and other essays. Second revised edition*, Nueva York y London: *Mother Earth Publishing Association*, 1911, pp. 233-245.

amor, sin las cuales la intimidad del matrimonio debe resultar degradante tanto para la mujer como para el hombre.

El matrimonio es ante todo un arreglo económico, un contrato de seguros, que sólo se distingue de un contrato normal de seguro de vida en que obliga más y exige más. Sus beneficios son insignificantemente pequeños si se los compara con la inversión hecha. Al contratar una póliza de seguros, pagamos por ella, quedando siempre en libertad de interrumpir los pagos. Sin embargo, si la prima de una mujer es un marido, ella tendrá que pagar por esa prima con su nombre, su privacidad, su autoestima, su vida misma, "hasta que la muerte los separe". Más aún, el seguro matrimonial la condena a una dependencia de por vida, al parasitismo, a la completa inutilidad, tanto individual como social. También el hombre paga su peaje, pero como su mundo es más amplio, el matrimonio no lo limita tanto como a la mujer. Siente sus grilletes más que nada en el aspecto económico.

Las palabras de Dante sobre el Infierno se aplican con igual fuerza al matrimonio: "Aquél que entra aquí deja atrás toda esperanza".

Que el matrimonio es un fracaso es algo que nadie, excepto los más obtusos, podría negar. Basta echar una mirada sobre las estadísticas de divorcio para darnos cuenta de cuán amargo puede ser realmente un matrimonio fracasado. Ni podrá hacerlo tampoco el estereotipado y filisteo argumento de que la permisividad de las leyes de divorcio y la creciente libertad de la mujer justifican el hecho de que: primero, uno de cada doce matrimonios termina en divorcio; segundo, desde 1870 los divorcios han aumentado de 28 a 73 por cada cien mil personas; tercero, que desde 1867, el adulterio, como motivo de divorcio, se ha incrementado 270. 8%; cuarto, que el abandono conyugal se incrementó en 369.8%.

Súmese a estos alarmantes trazos iniciales todo un vasto acopio de material, dramático y literario, que aclara aún más este tema. Robert Herrich en *Together* (Juntos), Pinedo en *Mid-Channel* (En medio del canal), Eugene Walter en *Paid in Full* (Pagado en su totalidad), y muchísimos otros escritores que examinan la esterilidad, la monotonía, la sordidez, la insuficiencia del matrimonio como elemento de comprensión y armonía.

El estudioso de lo social que reflexione no se conformará con la superficialidad vulgar de la justificación para este fenómeno. Tendrá que profundizar muchísimo en las vidas mismas de los sexos para saber por qué el matrimonio resulta ser tan desastroso.

Edward Carpenter dice que detrás de cada matrimonio está el entorno, de toda una vida, de los dos sexos; entornos tan distintos entre ellos que el hombre y la mujer tendrán que seguir siendo extraños. Separados por una insalvable muralla de supersticiones, costumbres y hábitos, el matrimonio no tiene la potencialidad de desarrollar el conocimiento mutuo y el respeto por el otro, sin los cuales toda unión está condenada al fracaso.

Henrik Ibsen, que detestaba toda simulación social, fue probablemente el primero en darse cuenta de esta gran verdad. Nora abandona a su esposo, no porque esté cansada de sus responsabilidades ni porque sienta la necesidad de reivindicar los derechos de la mujer –como lo diría una crítica torpe e inepta–, sino porque se hace consciente de que durante ocho años ha vivido con un desconocido y ha parido sus hijos. ¿Puede haber algo más humillante, más degradante que una proximidad de por vida entre dos desconocidos? Nada necesita saber la mujer del hombre, excepto sus ingresos. En cuanto al conocimiento de la mujer, ¿es que hay que conocer algo, aparte de su agradable apariencia? No hemos superado aún el mito teológico sobre la carencia de alma de la mujer, donde ella es un mero apéndice del hombre, sacada de su costilla para beneficio del señor, un señor con tanta fortaleza que temía a su propia sombra.

Tal vez la baja calidad del material del cual proviene la mujer sea responsable de su inferioridad. De cualquier modo, la mujer no tiene alma… ¿qué hay que saber sobre ella? Además, mientras menos alma tenga una mujer, mayores serán sus activos como esposa y más fácilmente se asimilará a su marido. Es esta esclavitud resignada a la superioridad del hombre la que ha mantenido la institución conyugal aparentemente intacta por tanto tiempo. Ahora que la mujer está haciéndose dueña de sí misma, ahora que se está tomando a sí misma como ser independiente de la gracia de su dueño, la sagrada institución del matrimonio se ve gradualmente minada, y no habrá lamento sentimentaloide alguno que pueda mantenerla en pie.

Prácticamente desde su misma infancia se le dirá a cualquier niña común y corriente que el matrimonio ha de ser su objetivo final, y por eso, su preparación y educación irán directamente enfocadas a esa meta. Así como a la callada bestia se la engorda para el matadero, a ella se la preparará para eso. Pero, extrañamente, se le permitirá saber mucho menos de su función como madre y esposa que lo que sabe el artesano más común de su oficio. Es indecente y asqueroso que una chica respetable sepa algo de la relación marital. Ah, cuánta inconsistencia en la respetabilidad, que necesita de los votos matrimoniales para transformar algo asqueroso en el más puro y sagrado acuerdo, al que nadie osaría cuestionar o criticar. Sin embargo, ésa es exactamente la actitud del defensor promedio de la institución matrimonial. La futura esposa y madre, preservada en una ignorancia completa de aquello donde radica su único valor en el campo competitivo, el sexo. De este modo, entra en una relación con un hombre, relación que durará toda la vida, sólo para encontrar que se siente conmocionada, disgustada y ofendida más allá de todo límite, por el más natural y saludable de los instintos, el sexo. Valga decir que un gran porcentaje de la infelicidad, tristeza, angustia y sufrimiento físico que se padecen en el matrimonio se debe a una ignorancia criminal sobre materias sexuales, lo que es ensalzado como una gran virtud. No es en absoluto una exageración cuando digo que más de un hogar se ha roto por este hecho deplorable.

Por el contrario, si la mujer es libre y lo suficientemente capaz como para aprender los misterios del sexo sin la sanción del Estado o la Iglesia, quedará condenada como totalmente inadecuada para convertirse en la esposa de un "buen" hombre, significando por "bueno" una cabeza vacía y dinero en abundancia. ¿Puede haber algo más violento que la idea de que una mujer adulta, saludable, llena de vida y pasión, tenga que negar las exigencias de la naturaleza, reprimir sus deseos más intensos, minar su salud y quebrantar su espíritu, atrofiar su imaginación, abstenerse de las profundidades y glorias de la experiencia sexual hasta que un hombre "bueno" llegue a su lado para tomarla como esposa? Esto es precisamente lo que significa el matrimonio. ¿Cómo puede acabar un arreglo tal, que no sea en fracaso? Éste es un factor

en el matrimonio, y no es el menos importante, que lo diferencian del amor.

Nuestros tiempos son de pragmatismo. El tiempo en que Romeo y Julieta desafiaban la ira de sus padres por amor, en que Gretchen se autoexpuso al chismorreo de sus vecinos por amor, no lo era. Si en alguna rara ocasión los jóvenes se permiten el lujo del romance, son rescatados por sus mayores, que les enseñan y disciplinan hasta que se pongan "razonables".

La lección moral que se inculca a la niña no es que un hombre la despierte al amor, si no más bien: "¿cuánto?" El único y fundamental Dios de la vida práctica americana es: ¿puede el hombre ganarse el sustento? ¿Puede mantener a una esposa? Eso es lo único que justifica el matrimonio. Gradualmente esto va impregnando cada pensamiento de la chica; sus sueños no son de luz de luna y besos, de risas y lágrimas; sueña con salidas de compras y mostradores de gangas. Esta pobreza espiritual y sordidez son los elementos inherentes a la institución matrimonial. El Estado y la Iglesia no aprueban otro ideal, simplemente porque éste es el único que necesitan el Estado y la Iglesia para el control de hombres y mujeres.

Sin duda que hay personas que siguen considerando el amor por encima del dinero. Y esto es especialmente cierto para aquel grupo cuyas necesidades económicas le han obligado a hacerse económicamente independiente. El tremendo cambio en la posición de la mujer, forjado por ese poderoso factor, es verdaderamente espectacular, cuando reflexionamos en el corto tiempo transcurrido desde que entró al terreno industrial. Seis millones de mujeres asalariadas; seis millones de mujeres que tienen el mismo derecho que los hombres a ser explotadas, a ser robadas, a ir a huelga, y siempre, a morirse de hambre. ¿Algo más, mi señor? Sí, seis millones de mujeres de todas las edades en cada esfera, desde el más elevado trabajo intelectual hasta la más difícil labor rutinaria en las minas y en las vías del ferrocarril. Sí, incluso detectives y policías. Sin duda, la emancipación es completa.

Pero a pesar de todo esto, sólo un número muy reducido del enorme ejército de mujeres asalariadas consideran el trabajo como cuestión permanente, con la misma perspectiva que lo hace el hombre. No importa cuán decrépito esté, se le ha pro-

gramado para ser autónomo e independiente económicamente... Sí, sí, ya sé que nadie es realmente independiente en nuestra rutina económica; pero aún así, aún el más insignificante espécimen de hombre odia, de todos modos, ser un parásito, ser conocido como tal.

La mujer considera su condición de trabajadora como transitoria, pudiendo ser echada a un lado por el primer postor. Ésta es la razón por la cual es extremadamente más difícil organizar a las mujeres que a los hombres: "¿por qué tendría yo que incorporarme a un sindicato? Me voy a casar, voy a tener un hogar". ¿No se le ha enseñado desde la infancia a considerar esta idea como su más profunda vocación? Aprende, demasiado bien y pronto, que el hogar, aunque no sea una prisión tan grande como la fábrica, tiene puertas y barrotes más sólidos, con un guardián tan leal que nada podrá escapársele. La parte más trágica es, no obstante, que el hogar no la libera de la esclavitud salarial; sólo aumenta sus tareas.

De acuerdo a las últimas estadísticas presentadas a una comisión "sobre trabajo y salario y hacinamiento de la población", el diez por ciento de las trabajadoras asalariadas, sólo de la ciudad de Nueva York, son casadas, y aún así, tienen que seguir trabajando en tareas que son las peor pagadas en el mundo. Agreguemos a este horrible aspecto las fatigosas tareas domésticas, y ¿qué queda entonces de la protección y esplendor del hogar? De hecho, aún las chicas de clase media casadas no pueden hablar de su hogar, ya que es el hombre quien crea todo lo que la rodea. No es relevante que el esposo sea un bruto o un encanto. Lo que yo quisiera demostrar es que el matrimonio le garantiza a la mujer un hogar sólo por gracia de su marido. Allí ella se mueve en el hogar de él, año tras año, hasta que su visión de la vida y de los temas humanos pasa a ser tan plana, estrecha y monótona como su entorno. No puede sorprender que se transforme en una amargada, mezquina, pendenciera, chismosa, insoportable, que aleja al hombre del hogar. No podrá irse, aunque lo desease; no existe lugar donde ir. Además, el corto período de vida matrimonial, de renuncia completa a todas sus propias facultades, incapacita totalmente a una mujer común y corriente para actuar en el mundo exterior. Se volverá descuidada en su apariencia, torpe en sus movimientos, dependiente en sus decisiones, cobarde en

sus juicios, una carga y una lata, que provocará en la mayoría de los hombres odio y desprecio. Una atmósfera maravillosamente inspiradora para dar vida, ¿no es así?

Y en cuanto al niño, ¿cómo podrá ser protegido, si no es por el matrimonio? Después de todo, ¿no es ésa la consideración más importante? ¡Cuánto simulacro, cuánta hipocresía hay en esto! El matrimonio protegiendo a la infancia, con miles de niños desamparados y abandonados. El matrimonio protegiendo a la infancia, cuando los orfelinatos y reformatorios están sobre poblados, y la Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Niños debe ocuparse en rescatar a las pequeñas víctimas de sus "amantes" padres, para entregarlos a un cuidado más cariñoso, la Sociedad Gerry. ¡Es una burla todo esto!

El matrimonio tiene la facultad y el poder de "llevar el caballo al agua" pero, ¿lo ha hecho beber alguna vez? La ley pondrá al padre bajo arresto, y le vestirá con ropas de convicto; ¿pero ha calmado esto, alguna vez, el hambre del niño? Si el padre no tiene trabajo, o esconde su identidad, ¿qué hará el matrimonio entonces? Invocar a la ley para traer al hombre ante la "justicia", y ponerlo a salvo detrás de puertas cerradas; pero el trabajo que realice ese padre no va a beneficiar al niño sino al Estado. El niño recibe tan sólo una memoria marchita del traje a rayas de su padre.

En cuanto a la protección de la mujer, ahí radica lo peor del matrimonio. No es que realmente la proteja, pero la idea misma es en sí tan ofensiva, tal ultraje e insulto a la vida, tan degradante de la dignidad humana, como para condenar para siempre a esta institución parasitaria.

Es como aquella otra disposición paternalista... el capitalismo, que priva al hombre de su patrimonio, impide su desarrollo, envenena su cuerpo, lo mantiene en la ignorancia, en la pobreza y en la dependencia, y termina instituyendo instituciones benéficas que sacan provecho hasta del último vestigio del amor propio de un hombre.

La institución del matrimonio hace de la mujer un parásito, absolutamente dependiente. La incapacita en su lucha por la existencia, anula su conciencia social, paraliza su imaginación, y entonces le impone su benévola protección, lo que es realmente una trampa, una parodia de la naturaleza humana.

Si la maternidad es la máxima realización de la naturaleza femenina, ¿qué otra protección requiere aparte del amor y la libertad? El matrimonio no hace más que ensuciar, envilecer y corromper su realización. ¿No le dice acaso a la mujer "sólo a través de mí podrás tú dar la vida"? ¿No la condena, acaso, al encierro, degradándola y avergonzándola si ella se rehúsa a comprar su derecho a la maternidad vendiéndose a sí misma? ¿No autoriza el matrimonio la maternidad sólo a través suyo, incluso si la concepción tiene lugar en situaciones de odio u opresión? Con todo, aún si la maternidad fuese el resultado de la libre elección, del amor del extremo placer, de una pasión insolente, ¿no termina poniendo una corona de espinas sobre una inocente cabeza y grabando con letras de sangre el horrible epíteto, bastardo? Aún si el matrimonio diera cabida a todas las virtudes que pretendidamente se le atribuyen, sus delitos contra la maternidad lo excluirían para siempre del reino del amor.

El amor, el más fuerte y más profundo elemento en toda vida, heraldo de la esperanza, de la felicidad, del éxtasis; el amor, trasgresor de toda ley, de toda convención; el amor, el más libre, la impronta más poderosa del destino humano; ¿cómo puede una fuerza tan irresistible ser sinónimo de ese precario e insignificante hierbajo engendrado por el Estado y la Iglesia, el matrimonio?

¿Amor libre? ¡Como si el amor pudiese ser otra cosa que no fuese libre! El hombre ha comprado cerebros, pero ni todos los millones del mundo han podido comprar amor. El hombre ha sojuzgado cuerpos, pero ni todo el poder en la Tierra ha podido sojuzgar el amor. El hombre ha conquistado naciones enteras, pero ni todos sus ejércitos podrían conquistar el amor. El hombre ha encadenado y puesto grilletes al espíritu, pero se ha visto totalmente indefenso ante el amor. En lo alto de un trono, con todo el esplendor y la pompa que sus riquezas le puedan ofrecer, el hombre estará pobre y abatido, si el amor lo pasa por alto. Y si llegara a quedarse, la más pobre chabola resplandecerá de calidez, vida y color. Es que el amor tiene el mágico poder de hacer rey a un vagabundo. Sí, el amor es libre, en ninguna otra atmósfera puede habitar. En libertad se da a sí mismo sin reservas, generosamente, totalmente. Todas las leyes de los estatutos, todas las cortes del universo, no podrán desterrar-

lo una vez que el amor ha echado raíces. Pero, si ocurriese que el suelo fuera infértil, ¿cómo podría el matrimonio hacerle dar frutos? Es como la última lucha desesperada de la vida fugaz contra la muerte.

El amor no necesita protección; él es su propia protección. En la medida en que sea el amor el que engendre vida, no habrá niños abandonados, ni hambrientos, ni faltos de afecto. Yo sé que esto es verdad. Conozco mujeres que han tenido hijos en libertad del hombre que amaban. Hay pocos niños nacidos en el matrimonio que disfrutan del cuidado, la protección, la devoción que una maternidad libre puede ofrecerles.

Los defensores de la autoridad temen el advenimiento de una maternidad libre, porque les quitará su presa. ¿Quién va a luchar en las guerras? ¿Quién va a generar riquezas? ¿Quién va a hacer de policía, de carcelero, si las mujeres se negaran a criar hijas en forma indiscriminada? "¡La estirpe, la estirpe!", grita el rey, el presidente, el capitalista, el cura. La estirpe debe ser preservada, aunque la mujer se vea degradada a la condición de mera máquina... Y la institución matrimonial es nuestra única válvula de seguridad ante el despertar sexual de la mujer. Pero estos esfuerzos desesperados por mantener el estado de servidumbre no darán resultado. Vanas serán también las proclamas de la Iglesia, los fanáticos ataques de los gobernantes, vano incluso el brazo de la ley. La mujer no quiere ser más cómplice en la producción de una estirpe de seres humanos enfermizos, débiles, decrépitos, desgraciados que no tienen la fuerza ni el coraje moral para liberarse del yugo de la pobreza y la esclavitud. Desea, en cambio, menos y mejores hijos, engendrados y criados en el amor, a partir de una decisión libre; no obligada, como lo impone el matrimonio. Nuestros pseudo moralistas todavía tienen que aprender el sentido profundo de responsabilidad hacia el hijo que el amor en libertad ha despertado en el seno de la mujer, que incluso preferiría renunciar para siempre a la gloria de la maternidad antes que dar vida en una atmósfera en que sólo se respira destrucción y muerte. Y si decide ser madre, será para entregarle al hijo lo más entrañable y mejor que su ser pueda ofrecer. Desarrollarse con el hijo será su máxima; sabe bien que sólo de esa manera podrá ayudar a construir auténticos hombres y mujeres.

En el retrato que, con pinceladas maestras, hace de la Sra. Alving, Ibsen debe haber tenido en mente la idea de una madre libre. Ella era la madre ideal porque había superado el matrimonio y todos sus horrores, porque había roto sus cadenas y liberado su espíritu para que renaciera y retornase en una personalidad, regenerada y fuerte. ¡Ay! Fue demasiado tarde para poder salvar la alegría de su vida, su Oswald; pero no lo fue tanto como para darse cuenta de que el amor en libertad es la única condición para vivir una vida plena. Aquél que, como la Sra. Alving, ha debido pagar con lágrimas y sangre por su despertar espiritual, repudiará el matrimonio como una imposición, una banalidad, una burla vacía. Sabrá, bien sea que el amor dure un brevísimo lapso de tiempo o por toda la eternidad, que es la única base creativa, inspiradora, elevadora, para una nueva estirpe, un nuevo mundo.

En nuestra jibarizada condición presente, el amor es realmente un desconocido para la mayoría de la gente. Mal comprendido y esquivo, rara vez echa raíces; y si lo hace, muy pronto se marchita y muere. Su delicadeza no puede soportar el estrés y la tensión del trajín cotidiano. Su alma es demasiado compleja para adaptarse a la fangosa trama de nuestro tejido social. Llora, gime y se lamenta con aquéllos que lo necesitan, pero no están capacitados para ascender a la cima del amor.

Algún día, algún día, hombres y mujeres ascenderán, alcanzarán la cima de la montaña, allí se reunirán grandes, fuertes y libres, dispuestos a recibir, a participar y a bañarse en los dorados rayos del amor. Qué fantasía, qué imaginación, qué genio poético podría prever, aunque fuese sólo aproximadamente, las potencialidades de una fuerza tal en la vida de hombres y mujeres. Si el mundo alguna vez diese a luz a lo que es una auténtica camaradería y unidad, el padre sería el amor, nunca el matrimonio.

La antología *El pensamiento anarquista*, de varios autores,
se terminó de imprimir en octubre de 2015 en los talleres de
Amaquemecan. La edición consta de 1000 ejemplares impresos
sobre papel *cultural* de 90 gramos; en su composición se
utilizaron tipos Berkeley Oldstyle de 10 y 14 puntos



Antología

En medio de la crisis civilizatoria que enfrenta el planeta, ¿el anarquismo constituye una alternativa frente a la existencia del Estado? Esta recopilación de textos de anarquistas, que constituyen un *corpus* teórico y empírico del pensamiento anarquista que impulsó luchas sociales en Europa y México, contiene en sus ideas una posible respuesta.

Las condiciones laborales, la esclavitud, la libertad, el poder de la cultura, y el papel de la mujer son algunos de los planteamientos que estos grandes pensadores expusieron en sus diferentes épocas y contextos, con un solo fin: el bienestar común. Leerlos y analizarlos es un paso para comprender la verdadera anarquía.



Jaime Luis Brito

Psicólogo, periodista y estudiante de la maestría en Psicología Comunitaria por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), y en Ciencias Políticas por el Centro de Investigación en Docencia y Humanidades del Estado de Morelos y la Universidad de Bretaña Occidental, Francia. Actualmente, se desempeña como Director de Servicios Sociales de la UAEM.

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Secretaría de Extensión

Rectoría 2012-2018

Difusión Cultural UAEM

ISBN 978-607-8434-18-3

9 786078 434183